

CRISTIANDAD



SUMARIO

	<u>Págs.</u>
EDITORIAL	
<i>El Cristianismo, milicia</i>	310
EL TESTIMONIO DE CRISTO	
<i>La gloria del martirio</i> , por P. B.	311
<i>A los cincuenta años de la «Semana Trágica»</i> , por Luis Creus Vidal	313
<i>La persecución religiosa de 1936-1939</i> , por Francisco Segura, S. I.	316
<i>A la Iglesia perseguida</i> } S. S. Juan XXIII.	318
<i>El ejemplo de los mártires</i> }	319
<i>El Cáliz del Nuevo y Eterno Testamento</i> , por Roberto Cayuela, S. J.	320
<i>La Iglesia del Silencio: China. - Crónica</i> , por A. Trabal	323
UT UNUM SINT	
<i>El Concilio Ecuménico y la Unidad Cristiana: Crónica</i> , por Florencio Arnan	325
<i>La Prensa ante el Concilio Ecuménico</i>	329
<i>Ecumenismo y Protestantismo</i>	331
FILOSOFIA	
<i>Lectura innocua de Ortega y Gasset</i> , por E. Guerrero, S. I.	332
POLITICA	
<i>Crónica</i> , por Fernando Serrano	334
LETRAS	
<i>Lo poético y lo literario</i> , por Francisco Salvá Miquel	336
<i>La vida y su expresión</i> , por José M.ª Castro Calvo	338

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

El Cristianismo, milicia

El Cristianismo, porque está en el mundo pero no es del mundo, es milicia. Iglesia militante. «No he venido a traer paz sino espada». Es la lucha de la Gracia contra la naturaleza caída por el pecado y contra las Puertas del infierno que, en lo individual y en lo social, intentan arrebatarse a Cristo su cetro. Por esto, el cristiano, además del Bautismo que lo hace hijo de Dios, cuenta con la Confirmación que lo hace soldado de Cristo. Para luchar, si terciare, hasta la total inmolación del martirio, máxima gloria a que podemos – y debemos – aspirar, y para la cual siempre hemos de estar dispuestos: «Os envío como ovejas en medio de lobos... os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán...»; «Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán... esto os he dicho para que no os escandalicéis...».

Paradoja esta la del martirio. Signo de contradicción como Aquel a quien por él se confiesa. Lejos de acabar con la Iglesia, la fortalece y vitaliza. Sangre de mártires, semilla de cristianos. Y de la persecución, constante histórica en la vida de la Iglesia – porque la predicción hecha a los Apóstoles es válida para todas las épocas – resurge Aquella con nuevo temple y vigorizado espíritu. Paradoja también que los períodos de práctica fácil y cómoda produzcan con frecuencia, en lo humano y externamente apreciable, puesto que de la interioridad de tantas almas escogidas sería temeridad afirmarlo, cierto clima de tibieza poco conforme con la total entrega que ser cristiano supone.

No se incida, sin embargo, en el superficial señuelo de minusvalorar una situación de segura libertad para la Iglesia estimando, en cambio, deseable un estado de persecución en el que si hoy mártires hay también verdugos, en el que si el Cristianismo se temple y acrisola es a trueque de males inconmensurables: «Es necesario que haya escándalo, pero, ay de aquel por quien venga el escándalo». Ni se crea que la persecución y el hecho del martirio sean exigencia intrínseca o consustancial del Cristianismo, sino sólo necesidad extrínseca dimanante de la malicia humana, fácil tornavoz del «Non serviam» primitivo: «Si fuereis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, el mundo os aborrece». Tampoco que la persecución y el martirio sean directamente queridos por Dios para ser así glorificado en el testimonio de los mártires: si de la persecución brotan, sazonadas y esplendentes, la suprema gloria del martirio y la reafirmación de la Fe, es sólo como efecto reflejo por obra de la Sabiduría infinita de Dios que, conjugando en su Providencia los actos libres humanos, buenos y malos, conduce inexorablemente la Historia a su último fin: la glorificación del Criador por la criatura en la medida que ésta, en su limitación, es capaz.

Por esto, quizá, más que hacer mártires, hoy se pretende hacer apóstatas; o al menos, donde por existir una sólida tradición de Fe ello sería prematuro, se intenta paliar la radical oposición entre ser cristiano y ser del mundo, confundiendo las mentes y extraviando los ánimos con connivencias y transacciones que paulatina e insensiblemente agosten en el cristiano su espíritu de servicio y sujeción absolutos a Cristo, indefectiblemente unido a su Institución, la Iglesia «jerárquica».

Mas, tampoco debe el cristiano vacilar en su fe ni desconfiar ante el martirio incruento que supone esta, por otra parte no del todo nueva, táctica: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». Y las puertas del infierno no prevalecerán... Porque Cristo no edificó sobre arena, sino sobre la roca inmovible de Pedro.

LA GLORIA DEL MARTIRIO

Julio de 1909

Cumple en este mes de julio el cincuentenario de la **Semana trágica** barcelonesa, tremendo aldobonazo en nuestra conciencia que repercutió en todo el país. Políticos y pensadores de toda tendencia se ocuparon de aquellos hechos, pero hubo dos cuyos escritos tuvieron, entonces, la máxima resonancia: el obispo Torras con su Carta pastoral **La glòria del martiri** y el poeta Maragall con sus artículos **Ah! Barcelona ...** y **L'església cremada**. Dos personalidades muy distintas que se enfrentaron con aquellos hechos, tratando de descifrar su significado, de descubrir sus más hondas causas, de señalar su remedio.

Maragall intenta en vano hallar una explicación **natural** a los hechos de la **Semana trágica**: ¿La guerra de Africa? No, fué sólo un pretexto. ¿Objetivo político? No ve ninguno. A pesar de ello, insiste en enfocar la cuestión en su plano natural: **no hemos sabido portarnos —no ya como santos entre diablos—, sino aún como hombres entre hombres**, y se pregunta: ¿Cómo es que a Barcelona se la llame por doquier la ciudad se las bombas y aún, ha poco, se la haya llamado la ciudad famosa infame?

Su porfía para dar a estas preguntas una respuesta, o por lo menos una explicación, es manifiesta: ... ésta es una cuestión de educación y, por de pronto, de policía, y por lo tanto del Estado ... ésta es una cuestión de administración pública, pero que está dominada por una causa geográfica ... Dentro tales y tales grados de latitud florece el desorden social igual que florecen los naranjos ... el espíritu revolucionario es aquí fuerte como el vino ... Pero la penetrante intuición del poeta no puede contentarse con estas explicaciones, no cesa hasta alcanzar el nervio de la cuestión:

La bomba y la blasfemia son, sobre todo, una misma cosa: un desahogo destructor de la impotencia por crear. El ángel que quiso y no pudo ser como Dios, blasfemó; el que odia la sociedad y no se siente fuerte para transformarla, tira una bomba en mitad de la plaza. El sentimiento es el mismo: la impotencia exasperada.

Y descubierta la causa, va directa al remedio:

... policía, represión, escuelas, leyes ... ¡bah! remedios externos. ¿No veis que lo que nos falta es el AMOR? ¡Caren-
cia horrible, pero es esto! Esto, que en el

descontento de la vida es odio, y en el contento, egoísmo: en definitiva lo mismo, falta de amor. Y el amor es el primer **PORQUE** social, y el regenerador de organismos, y la potencia: la única. Sin esto, todo será en vano...

* * *

El obispo Torras —que en el precedente número de **CRISTIANDAD** vimos como devoto entusiasta del culto al Amor, cuya fuente es el Corazón de Cristo— ve todavía más hondo: con mirada sobrenatural ve en la **Semana trágica** un episodio de la eterna lucha que glorifica al Redentor y humilla la soberbia humana:

Aquella explosión de odio no ha sido una manifestación de antagonismo del trabajo contra el capital, ni de un sistema político contra otro a quien se acuse de tener la protección de la Iglesia; la persecución ha tenido una gran sinceridad: no se ha valido de ningún pretexto; se ha presentado a cara descubierta; de una manera incontrovertible ha manifestado que lo que pretendía era borrar el Nombre de Dios de la sociedad humana, como los masones que gobiernan Francia lo borran de todos los libros de las escuelas ...

... La actual persecución no ha tenido, pues, motivos humanos. Son razones más hondas las que la han determinado, son razones teológicas, como decía ya en su tiempo el máximo doctor de la revolución, Proudhon.

Pero Torras y Bages, con aquel sentido constructivo que caracteriza al magisterio eclesiástico, tampoco se detiene en lo negativo, va directo al remedio y presenta el martirio como el gran antidoto, el único, del odio perseguidor.

* * *

El remedio, para Maragall, era el amor por medio del dolor:

Cataluña, Barcelona, has de sufrir mucho si quieres salvarte. Has de aceptar las bombas, y el luto, y el robo, y el incendio; la guerra, la pobreza, la humillación y las lágrimas, muchas lágrimas, hasta que

de tus sollozos salte la chispa que inflame el corazón en un amor cualquiera —yo no sé ahora cuál, pero siendo amor todos son iguales—. Todo amor es valentía, potencia, creación y virtud social; sólo con él se amasan los pueblos; y sólo en el dolor podrás encontrarlo ...

El remedio, para el obispo Torras, no es un amor cualquiera. Es la fuerza del Amor divino en el corazón de los hombres, fuerza que les lleva hasta el martirio, la más espléndida confesión de la fe, la gran gloria de la Iglesia. Y ello por esta sencilla, pero hondísima razón: porque todas las violencias de la persecución no llegan a la fuerza que tiene el Amor de Dios en el corazón de aquéllos que El llama a su servicio.

Se comprende, pues, que aquel gran obispo, penetrado de esta verdad, el 18 de agosto, apenas transcurrido un mes de los luctuosos hechos, hiciese pública su famosa pastoral *La glòria del martiri*. Su voz fué la primera y más autorizada que se hizo oír después de la tormenta, reproducida por toda la prensa católica del país y traducida luego al castellano por el P. Pascual Briones, C. M. F., por encargo de los diputados Leoncio Soler y Manuel Raventós, quienes la repartieron entre los políticos de la capital.

Fuertes e inspirados —como de un Santo Padre de la Iglesia moderna— son los párrafos que dedica a enaltecer la gloria de los mártires:

¡Oh cristianos perseguidos! Alegraos de vuestra dignidad superior a la de los ángeles. Los ángeles tienen una vida inmaculada, superior a la nuestra; sus sentimientos son de un inefable amor; pero su amor no puede revestirse, como el nuestro, de la sublimidad de la persecución, que afina como el oro puro nuestra voluntad y nos eleva a una dignidad parecida a la del Verbo eterno, cuando, revestido de carne, no dudó en sufrir la pasión y muerte en honor de la Verdad ...

Por esto los mártires están en el lugar sumo, en el punto más excelso en la gradación de las dignidades humanas; y la Iglesia pone la categoría de los mártires sobre todas las otras categorías de la santidad; porque los mártires son testimo-

nios hasta la muerte de la distinción entre el bien y el mal, y de la separación entre la luz y las tinieblas ...

Los mártires son los héroes de la dignidad humana. Su confesión, su afirmación, su SI, mantiene la diferencia entre la Verdad y el error, entre el bien y el mal, proclama a la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza contenida en el Verbo encarnado, Jesús Señor nuestro. Sin este SI, sin esta afirmación de la Verdad del Padre celestial y Dios omnipotente, que pronunció solemnemente el divino Redentor, ratificando y sellando su declaración con la marca de su sangre, el mundo sería un caos ... Por esto Jesús es el rey de los mártires, y los mártires son un eco de la confesión de la doctrina de Jesús, maestro del mundo.

Esta es la marca de los perseguidos por el Nombre de Jesús: Los otros perseguidos maldicen a sus perseguidores, los perseguidos por los enemigos de Dios ruegan y hacen el bien a sus perseguidores. Jesús en la Cruz decía al Padre celestial: "Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen". San Esteban, muriendo a pedradas, exclamaba con gran unción: "Señor, no les tengáis en cuenta este pecado".

Ante estos y otros sublimes párrafos no es extraño que un hombre tan firme como Maragall exclamara: Sí, ahora lo veo, la Iglesia vive de la persecución, porque nació consubstancial con ella ... y que el 11 de septiembre escribiera al obispo Torras estas palabras: los que antes llamamos por demasiada oscuridad, ahora hemos de callar porque hay ya bastante luz.

* * *

Desde el nacimiento de la Iglesia la persecución y el martirio la han acompañado en su larga vía a través de los siglos. Persecución y martirio fueron nuestros acompañantes ayer y pueden volver a serlo el día de mañana; y hoy mismo son la gloria de aquellas ilustres comunidades que forman la Iglesia del Silencio. Quiera Dios que este hecho esté siempre presente en nuestros corazones.

P. B.

A LOS CINCUENTA AÑOS DE LA «SEMANA TRAGICA»

Se arrastraba el primer cuarto de siglo español, y con él su política cansina, “falta de pulso”: la de los Moret, los Romanones, los Dato, los García Prieto, etc.... con el solo episodio malogrado de un verdadero estadista que cayó cuando iba a corregir sus pasados errores: Canalejas. Igual que en los acontecimientos de Rusia, en 1905, la “*Semana Trágica*” de Barcelona preludió a lo lejos la revolución española. Rusia: 1905 (también una semana) - 1917-1918. España: 1909-1931-1936. Son tres hitos: Preludio, Revolución moderada y, finalmente, revolución roja. A cincuenta años fecha, somos ya pocos los que recordamos — siquiera de nuestra lejana niñez — el lamentable espectáculo de aquella Barcelona, que luego vimos repetido en las jornadas no menos trágicas de julio también, en 1936.

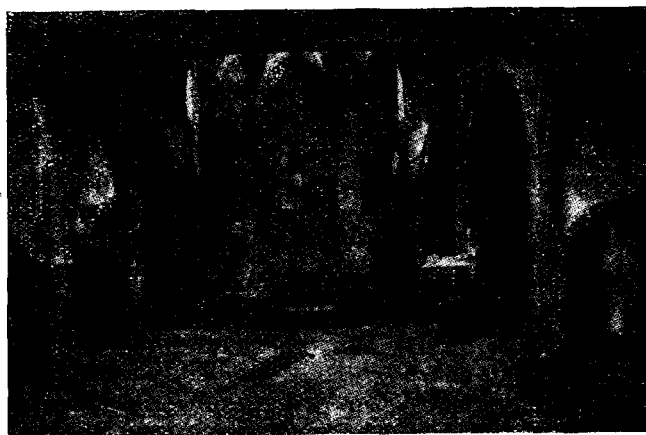
España se hallaba comprometida en aquel entonces en Marruecos. En Algeciras, las grandes Potencias nos habían dado, como limosna, el rincón más feroz de Marruecos, poblado por las harkas más sanguinarias: el Rif, que nuestra Nación, por razón de prestigio, debía civilizar. Aquellos salvajes habían asesinado los obreros de las minas, fortificándose en el Monte Gurugú, contra el que marchó el General Marina. Sorprendido éste, por no contar más que con pobres tropas inexperimentadas (los tristes episodios del Barranco del Lobo, etc.) perdió más de tres mil hombres.

El Gobierno de Maura cometió varios errores, no siendo el menor el de ocurrírsele sacar tropas de Cataluña en aquella sazón.

Barcelona, ciertamente, no ha tenido ni su “*belle époque*” ni la no menos “*belle*” que sucedió a aquella

“feliz” edad que vino a turbar y derrocar para siempre el pistoletazo de Sarajevo. Aún no podía — como puede hacerlo ahora — echar las culpas a los enormes contingentes de inmigración que han venido a hacerla crecer monstruosamente, a costa de su personalidad y también, incluso, de su lengua. La culpa era propia. Aquella Cataluña, adelantado de las nobles causas, que se conmovió cuando la Revolución francesa y que dio miriadas de combatientes en las epopeyas carlistas, había cedido el paso a una Cataluña afrancesada. ¡Mucho tenemos que agradecer a la influencia napoleónica en nuestro triste país, de donde importamos el ateísmo, y el sentido republicano y disolvente de que fue, cada vez más, contagiándose el antes noble pueblo catalán, hasta convertirse en el más subversivo factor dentro de la negativa política española! La “*belle époque*” de Barcelona, por abajo, fue la época de las bombas; por arriba, la de una burguesía pedante que pretendió ser aristócrata, remedo constante, sin personalidad, de la vida parisina. La Barcelona de los Rusiñol para buscar un exponente, de la que pretende ser panegírico el libro de Pla “*Un Señor de Barcelona*”; en una palabra, la triste Barcelona, aquella “ciudad mala” que en su realística oda, canta, agria pero auténticamente, Maragall. Cuyo fango de las calles, era pastado en sangre.

El pretexto de la guerra de África sirvió admirablemente en una entonces ya muy grande masa, trabajada por las teorías de la “*Escuela Moderna*” de Ferrer y Guardia, por la inmundicia demagogia de Lerroux (¡el agitador que, años más tarde, aburguesado, había de



Iglesia de San Antonio Abad, donde estaban las famosas pinturas de Vergós

convertirse en "ídolo" y salvador de las derechas españolas!), por todas las corrientes anarquistas (en aquella época no existía aún el comunismo organizado), que, con absoluta lógica — hay que reconocerlo — coincidían en una verdadera histeria anticlerical. Los discursos del "Emperador del Paralelo" como se llamaba a aquel desdichado político, y todo su ambiente, lo recordamos perfectamente de nuestra niñez, ofrecían un marcado carácter que no es exagerado tachar de diabólico, ya que tal calificación le dieron los Maragall y los Torras y Bages con toda su serena autoridad al enjuiciar aquellos tremendos hechos. Cuando se agitaba la "Casa del Pueblo" (que ya nadie recuerda) sita en la extremidad de la calle de Aragón, cundía por toda nuestra triste urbe un aire de incendio y de tragedia: oíamos la Marsellesa, el himno clásico de la subversión, hoy convertido, no sabemos por obra y gracia de quien, en quinta esencia del mejor patriotismo francés: "Con el aceite de petróleo... incendiaremos el País...!" Y cantaban así, al final de sus improvisadas estrofas: "...Como ya lo han logrado en París!!!" Porque así arriba, en las modas y en la "high life", como abajo, con las bombas, sólo existía un ideal: imitar a París.

La campaña del Rif fue, igualmente presentada como una maniobra capitalista y antiproletaria. El primer movimiento se produjo ya en las Ramblas y en Atarazanas el 18 de julio de 1909. Se veía a mujeres que se oponían al embarque de los soldados, a quienes arrancaban los fusiles y los echaban al mar.

El Gobernador Ossorio Gallardo permaneció inactivo; se limitó a prohibir la "Solidaridad obrera" — movimiento obrero constituido como réplica contra la "Solidaridad catalana" —, provocándose la huelga general el día 26 de julio, que amaneció para Barcelona con este signo temeroso que hemos palpado todos en fechas menos alejadas en nuestra atormentada historia. Nuestras callejas, de otra parte, se prestaban, en el casco antiguo, a todas las emboscadas; de las del ensanche se encargaron las barricadas.

Mas, cosa notable. Ya desde el mismo día 26, el populacho se dirigió contra los conventos. Comenzamos a vivir todos aquellos angustiosos crímenes que ya Patxot nos describe — mezcla de miserias, epidemias, síntesis de todos los males — en sus "Ruinas de mi convento": asesinatos de pobres frailes, exhumación de momias, en las tumbas profanadas, de las monjas. Petróleo y fuego en los templos del Señor.

Se conservan de la época fotografías impresionantes, algunas de ellas sacadas desde la falda del Tibidabo, en la que se ve Barcelona dominada por gigantescas piras. Humo satánico, que se encarnizaba con

rabia contra todo lo que acercaba a Dios. Treinta y siete iglesias y conventos fueron totalmente destruidos. El hecho de que se repitiese la hazaña, corregida y aumentada, en 1936, no significa que aún no existan huellas de aquella semana: pueden verse, por ejemplo, en una iglesia y convento de la calle de Valencia, que el tiempo no ha borrado, y, en cuyo frontispicio restaurado (que respetó, cosa extraña, el 1936) se lee: "Pater, dimitte illis". Se quemó el Colegio de los Escolapios, con los ochenta mil volúmenes de su biblioteca y el mejor laboratorio de su tiempo; conventos y más conventos, las Capuchinas (cuyo incendio recordamos como si fuese hoy), Loreto, Gerónimas, etc. Y el precioso templo de San Pablo del Campo que — ¡espantoso baldón para nuestra urbe! — hemos visto arder cuatro veces en poco más de un siglo.

Apenas, seiscientos hombres constituían toda la tropa de Barcelona. Recordamos el esfuerzo heroico de algunos beneméritos y calumniados oficiales. Al fin de la trágica semana, el estrépito de las descargas anunciaba el ansiado auxilio. Había cesado la pesadilla.

Se quiso echar toda la culpa sobre José Miguel, Antonio Malet, Eugenio del Hoyo, Ramón Clemente, y, de un modo especial, sobre Ferrer y Guardia; mas no eran éstos los únicos culpables.

El Gobierno Maura, entre debilidades, supo hacer justicia sobre este último. Aún recordamos la histeria que provocó. Aun, en nuestra niñez, sabíamos de grupos de anarquistas que recogían, en los fosos de Montjuich, yerbas — ya que allí no crecen flores — donde cayó el desdichado demagogo... Salvóse Lerroix, apelando a la fuga. Durante mucho tiempo el temor le impidió volver al Paralelo y a la Casa del Pueblo, a reclamar que se levantase el "velo a las novicias", y apelar a sus jóvenes "bárbaros" que sabían de fugas frente a la tranca de los requetés... mas volvió, y hasta, en 1935, casi en olor de santidad, llegó a constituir gobiernos que habían de ser la "salvación de España..." Europa, "la culta Europa", qué siempre se ha caracterizado por comprender a España, lloró sobre la tumba de Ferrer y Guardia, y la aún más culta Bruselas le elevó un monumento... Importa poco: nosotros, en Bruselas, hemos oído esta expresión: ¡"Ces sales espagnols!" cabe el monumento de Egmont y de Horn, y nada nos coge de sorpresa... En la "Belle Époque", o poco después, también se glorificaba a los asesinos. Sino que se hacía más elegantemente que ahora.

En 1936, otra vez, y bien significativamente, la saña de la subversión se cebó en lo mismo que en 1909: en iglesias y conventos. Y Dios quiera que no se repita otra vez.

Pero también hay algo que, en medio de tantos erro-

res y tragedias, señala una como divina contrapartida, y que el *Brazo del Señor no se ha acortado*.

En 1952, y sobre los templos, apenas reconstruidos, vimos brillar una luz, que transfiguró la "ciudad mala" de Maragall. Pese a tantos esfuerzos del infierno, Cristo quiso, una vez más, demostrar que, cuando quiera y como quiera, reinará plenamente en Barcelona.

Con los templos aún semidestrozados, Barcelona se iluminó con la Luz del Señor. Y un Congreso Eucarístico, sin precedentes en brillantez en todo el mundo, demostró que Dios aún cuenta, y mucho, con Barcelona.

Y es que, en ella, hemos tenido, ocultos, una floración de santos. Pocos años después de la Semana Trágica, ya tuvimos — muy pocos lo recuerdan — la manifestación de las Fiestas Constantinianas. Después, todos hemos sentido la dirección de santos sacerdotes y apóstoles. Hoy mismo, en las tristes y populosas

barriadas, del Verdún, de Casa Antúnez... aún tenemos, a Dios gracias, floración de jóvenes sacerdotes que cultivan la viña del Señor, quizá con más ardor que en otras partes. Sí: el Corazón de Jesús es amado, en Barcelona, y lo será, pese a nuevas hogueras y catástrofes, más que en otros sitios. Pudo el precioso templo románico de San Pablo del Campo verse incendiado por las turbas, bajo la inspiración del infierno, cuatro veces: otras tantas, no obstante, ha sido reedificado. Siempre el Señor vence a Satanás, Aun cuando a veces nos parezca que es por poca diferencia de puntos. No en vano nuestros abuelos repetían aquel estribillo que ahora se nos antoja cursi e ingenuo, pero que lo era bien poco, por cuanto la ingenuidad aquella estaba respaldada por una tranca que bien quisiéramos para nuestros días de hoy; aquel estribillo que desafiaba a Satanás. Aquel: "...La Fe en España, no morirá!!"

LUIS CREUS VIDAL

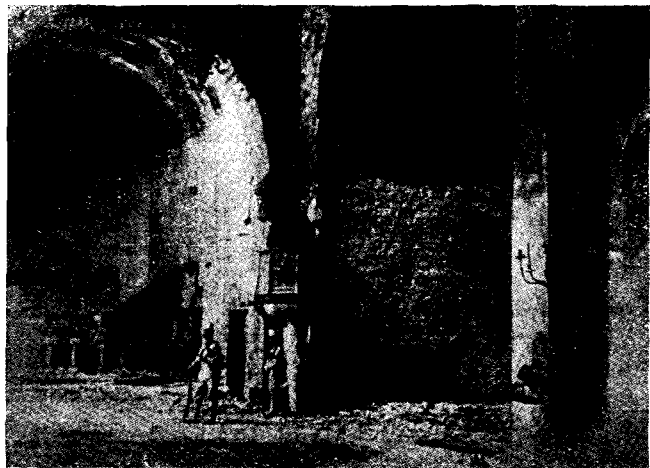
L'ESGLÉSIA CREMADA

de JOAN MARAGALL

Jo mai havia oït una missa com aquella. La volta de l'església esgalabrada, les parets fumades i escrotonades, els altars destruïts, ausents, sobre tot aquell gran buit negre al fons hont fou l'altar major, la solera invisible sota la pols de la runa, cap banc pera seure, i tothom dret o agenollat de cara a una mesa de fusta amb un Sant Christ damunt, i un torrent de sol entrant per l'esgalabrat de la volta amb una munió de mosques dançant en la llum crua que aclaria tota l'església i feia semblar que oïem la Missa al mitj del carrer. El sol queia de plè en la mesa de fusta hont el capellà, pobrament ornamentat, celebrava; mentres en el cor, sense barana, cantaven els altres, arrambats a la paret pera no caure endavant...

Jo mai havia oït una missa com aquella. El Sacrifici era allí present, viu i sangnant, com si el Christ tornés a morir pels homes, i altra vegada en el Cenacle hagués deixat el seu Còs i la seva Sang en el Pa i el Vi. El Pa i el Vi semblaven fets de fresc: la Hostia semblava palpitant, y el vi, al esser abocat al càlzer, a la llum del sol, semblava sang que rajava... Jo mai havia oït una Missa com aquella.

Iestic ben cert que tots els que erem allí, davant del Sacrifici celebrat en la pobre mesa de fusta blanca, davant del Christ maltractat, que era tot son ornament, entre la pols i la runa i el vent i el sol que entraven, i sentint encare entorn nostre'l rastre de destrucció i blasfemia que de tant poc havien passat



Iglesia de San Pedro de las Puellas, después de incendiada por las turbas

per aquell mateix aire, hont are tornava a fer-se present el Sacrifici, el sentiem com mai l'haguéssim sentit i 'ns penetrava amb una virtut nova i actual, com sols poguessin haver-la experimentada'ls primers cristians perseguïts i amagats en un recó de les catacumbes, delitant-se majorment entre'l perill i la negació, en la iniciació del Misteri redemptor...

(...)

LA PERSECUCION RELIGIOSA DE 1936-1939

✠ 12 Obispos. - 4.254 sacerdotes. - 2.772 religiosos. - 249 seminaristas

Aunque en muchas Diócesis españolas se van instruyendo las causas de beatificación de las víctimas de la persecución religiosa de 1936-1939, hemos de confesar que va esfumándose a los ojos de muchos fieles la aureola martirial que hace veinte años parecía circundar las frentes de los gloriosos inmolados. Al irse secando la sangre generosa, se va también amortiguando su clamor. La bibliografía sobre el tema, que ya en los primeros años no fue demasiado abundante para lo que merecía, escasea cada día más.

La duda se insinúa, se abre paso. Algunos periodistas extranjeros han formulado descaradamente la tesis: los mártires de la persecución española no fueron tales mártires. Se vieron envueltos en la revuelta de aquellos años y se encontraron en la zona roja como hubieran podido encontrarse en la zona nacional. Se metieron en política y perdieron la partida. Sus enemigos los asesinaron no en odio de la Religión, sino como "fascistas".

Salgamos al paso de tales afirmaciones y de la conclusión que de ellas se pretende sacar. Recordemos ante todo que las causas de beatificación y canonización se reservan a la Santa Sede y que en tales causas sólo la Congregación de Ritos es competente. Pero nos atañe a todos lo que pueda contribuir a glorificarlos y más, si cabe, impedir que se denigre su memoria o se desconozca su heroísmo.

Según Benedicto XIV, la máxima autoridad en la materia, el martirio consiste en sufrir o tolerar la muerte por la fe de Cristo o por otro acto de virtud referido a Dios (1). De parte del tirano o del verdugo sólo se requiere, para que su víctima sea mártir en sentido estricto, que le quite la vida en odio de la Fe o de algo que a la Fe se refiera.

Aunque se finjan o simulen otros motivos (2) de parte de los verdugos o aunque difieran entre sí la verdadera causa del martirio o la fórmula jurídica alegada por el tribunal o su simulacro. Aunque con el odio a Cristo se mezclen otros móviles o ingredientes. Primicias de los mártires que veneramos fueron los Santos Inocentes. Y sabemos que Herodes perseguía a Cristo aunque le moviera a ello la ambición de mando o el temor de perder el trono.

En el martirio ha visto siempre la Iglesia la máxima señal de caridad o amor de Dios. Sus teólogos enseñan que el martirio, si bien brota de la virtud de la fortaleza, es siempre un acto de caridad porque esta virtud es la que lo impera o induce a su ejercicio. De aquí su

mérito extraordinario y de aquí también el hecho de que en la primitiva Iglesia se diera culto a los Mártires tan pronto como constaba con certeza el hecho de su martirio.

Cabe preguntar si habrá verdadero martirio en el caso de que el cristiano sea calumniado por delitos que no haya cometido. El Cardenal Capisucco, citado por Benedicto XIV, contesta: "Si ocurriera que alguien en odio de la Fe calumniara a un cristiano ante el tirano de un delito por el que éste le matara, el tal cristiano sería mártir si fuera manifiesto que el calumniador había impelido al tirano a darle muerte. Aunque el tirano le hubiera dado muerte sólo por el pretendido delito y no en odio de la Fe cristiana (3).

Pero cojamos al toro por los cuernos y examinemos la más grave inculpación que se hace a nuestros mártires y el mayor impedimento que se podría poner a su glorificación de parte de la Iglesia. Los católicos criticados se habían metido en política y fueron asesinados como fascistas.

En plena persecución religiosa en España, pero antes de que comenzara su última y más sangrienta fase, el Papa Pío XII había dicho estas solemnes palabras: ES UN DEBER DE CARIDAD SOCIAL EL PREOCUPARSE Y AUN PARTICIPAR EN LA VIDA POLÍTICA (4). ¿Cómo podría ser un obstáculo para el supremo acto de caridad el haberla practicado en grado menos heroico. Si aquellos católicos se habían "metido en política" en su derecho estaban mientras no se demuestre que lo hicieran como no debían. La objeción, pues, es de ningún valor. Muchas veces se ha acusado a los católicos españoles de desentenderse del bien común, de ser demasiado "desencarnados", de cortar su catolicismo de la vida real. Se nos ha dicho que habíamos de ser más intervencionistas, más *engagés*. Y ahora, ante esa masa imponente y viril de inmolados, ¿les echaríamos en cara el haber querido servir al bien común e intervenir en la cosa pública como mejor les parecía?

Los que conocen un poco la historia de la Revolución Francesa, saben muy bien que los eclesiásticos llevados a la guillotina o a otros suplicios no disociaban, con razón o sin ella, su fidelidad a Dios y su adhesión a la Monarquía. Como ellos mismos decían, morían por el Altar y el Trono. Pío XI en 1926 beatificó a 191 de ellos. Aún podríamos añadir que alguno de estos gloriosos Mártires ocupó cargos públicos. Así, por ejemplo, el P. Guillermo Delfaud, S. I. era diputado en la Asamblea Legislativa. Ni sus preferencias po-

(1) De *Servorum Dei Beatificatione*. Lib. III, cap. XI.

(2) Nicolau, S. I., De *Revelatione Christiana*, n.º 734. B. A. C. "Sacrae Theologiae Summa".

(3) Benedicto XIV, loc. cit.

(4) Carta al Cardenal Cerejeira, 11 noviembre 1933.

líticas ni sus cargos públicos impidieron su glorificación.

Tampoco importa mucho que los verdugos tuvieran un concepto claro de la Religión perseguida o la involucraran con otras ideologías. El heroísmo de los Mártires no depende del grado de cultura de los esbirros.

Cuanto a las persecuciones del Imperio Romano, sabido es que su historiador clásico y de máxima autoridad es Pablo Allard. Pues bien, al analizar las causas de las persecuciones nos demuestra que casi nunca fueron los cristianos perseguidos por motivos exclusivamente religiosos. Confundidos al principio los cristianos con los judíos, pronto se vieron envueltos en la odiosidad que recaía sobre éstos. Esa odiosidad bien sabemos que era principalmente de tipo racista y nacional. Roma era tolerante con las religiones de los vencidos, intolerante con los pueblos refractarios a la asimilación o integración. Según Allard, lo que daba en rostro al romano era ver en el judío su *misantropía*, es decir, su odio al género humano del que le separaban los usos, los alimentos y el cuidado de la pureza de la raza. Todos estos motivos de odio recayeron en bloque sobre los cristianos y desencadenaron contra ellos las primeras persecuciones, sobre todo la de Nerón (5).

Los verdugos de los primeros mártires, tan lejos estaban de conocer la religión de sus víctimas, que les atribuían hasta la adoración de un asno y los sacrificios humanos.

Las persecuciones siguientes no fueron más certeras en sus motivos. Ya no se creía en la verdad de las primeras calumnias. Ahora se martirizaba y exterminaba a los cristianos por su *inercia*, término que quería connotar a la vez el rehuir los cargos públicos, la aversión al servicio militar y el alejamiento sistemático de las fiestas públicas (6). ¿Dónde está en los tiempos típicos del martirio cristiano la inculpação clara y neta, de parte de los verdugos, de motivos de persecución exclusivamente religiosos? En el más célebre de los martirios romanos, el de San Lorenzo, ¿no obraba el tirano movido por la codicia de los tesoros custodiados, según él, por el Santo Diácono? (7).

San Calixto, Papa, fue martirizado bajo Alejandro Severo. Pero no por odio que éste tuviera contra la Fe cristiana, pues no la aborrecía, sino porque tenía a los cristianos por culpables de delitos comunes, como se lo persuadía Domicio Ulpiano. El P. Papebroquio, citado por Benedicto XIV (8) después de afirmar que muchos de los que la Iglesia venera entre sus Mártires

no fueron inmolados directamente por la Fe, concluye: "Pues si a éstos se les concede ¿con cuánta mayor no se concederá a aquellos de quienes consta que los gentiles les dieron muerte en odio a la verdadera Fe, aunque lo hicieran bajo otro pretexto? Y así la Iglesia venera como Mártires a aquellos que bajo el imperio de Nerón fueron acusados del incendio de Roma o del Palacio de Nicomedes, ni con menos derecho damos el mismo honor a los que padecieron el martirio bajo Juliano el Apóstata".

Aun en el caso de que los verdugos no hubieran sabido ni siquiera a qué religión pertenecían sus víctimas, bien lo sabían los que ordenaban, desencadenaban o permitían (como en el caso de Juliano). Y esto bastaba para que la Iglesia los tuviera y honrara como a verdaderos Mártires.

Los Mártires del Japón, iban al suplicio por haber tenido comercio con los portugueses, contra lo mandado por el Emperador. Pero el decreto se había dado porque los portugueses habían llevado allí a los predicadores y misioneros evangélicos y los favorecían secretamente.

Otra pléyade gloriosa de mártires venerados por la Iglesia es la de Córdoba, en la época de su califato, durante la dominación musulmana en España. Los dominadores, menos alejados del Cristianismo a causa de su monoteísmo y porque admiten la existencia histórica de Jesucristo, inmolaron víctimas casi innumerables. Pero el odio religioso, siendo el principal móvil, no era el único. También entraba el antagonismo de raza, cultura y civilización. Su misma invasión no obedecía a una finalidad de proselitismo. Era según admite la Historia por apoderarse del feraz mediodía de Francia, donde los contuvo el heroísmo de Carlos Martel. Tampoco en Córdoba hallamos pues, el martirio "al estado puro".

En fecha muy reciente, 17 de abril de 1955, la Iglesia ha beatificado una nueva falange de mártires chinos. Figuran en cabeza los PP. Ignacio Mangin, Pablo Denn, Remigio Isoré y Modesto Andlauer todos de la Compañía de Jesús y de nacionalidad francesa. Los indígenas seculares son cincuenta y dos. Todos ellos fueron martirizados en la feroz persecución de los Boxers. Sabido es que el odio de esos sectarios contra los cristianos era empujado por su animosidad contra todo lo europeo, exacerbada por las famosas "Concesiones" obtenidas por las Potencias europeas. En sus proclamas decían expresamente de los cristianos: "protegidos por los europeos se muestran arrogantes, oprimen a los débiles, insultan a la dinastía... arrancan los ojos a los niños para componer filtros, envenenan los pozos..." (9). Como se ve, los motivos alegados libremente por los verdugos distaban mucho de ser estrictamente religiosos. Los mártires chinos caían víctimas sí de la teofobia, pero no menos de la xenofobia.

(5) Allard. *Dix leçons sur le martyre*, pág. 125.

(6) *Id.*, *id.*, pág. 133.

(7) Marco Aurelio Prudencio en su himno "Antiqua fanorum parens", pone en boca del tirano, prefecto de Roma en 258, año del martirio, que parece ser Cornelio Secular esta demanda:

Vea pronto esas riquezas — que con mañas y artificios
sonsacas tú y los sepultas — del templo en antros sombríos.
Esto el pro común demanda — esto el erario y el fisco,
que con dinero ayudéis — a la patria y sus caudillos.

(Versión del P. Juan María Solá, S. I.)

(8) Op. cit. Lib. III, cap. XIII, 9.

(9) Celestino Testore, *El siglo de las misiones*, pág. 205. 1955.

S. S. el Papa Juan XXIII para conmemorar el XVII Centenario del martirio de San Fructuoso ha escrito al Emmo. Cardenal de Tarragona estas memorables palabras: "Todavía están recientes los sufrimientos de los sacerdotes, religiosos y seglares que en esa Archidiócesis — igual que en toda la católica nación española — dieron pruebas del amor que tenían a su fe y de la poca estima de las cosas terrenas. Por eso Nos ha sido muy grato saber que, en la peregrinación que se prepara para visitar la iglesia de San Fructuoso de Capodimonte y la Ciudad Eterna, traerán los procesos canónicos de estos siervos predilectos de Dios para someterlos al juicio de la Santa Sede. El ejemplo de ellos como el de los Mártires hoy conmemorados, será la llama que avive el fervor de esa amada grey en una vida constantemente piadosa" (10).

(10) Se refiere el Padre Santo al trabajo llevado a cabo durante siete años por el tribunal archidiocesano, constituido el 28 de abril de 1952 para recoger los escritos y los testimonios del martirio de ciento cuarenta y siete siervos de Dios que dieron su vida por la fe de Cristo. Encabeza este martirologio el Obispo auxiliar, doctor don Manuel Borrás y Ferré y figuran en el proceso los casos de sesenta y ocho sacerdotes seculares, siete carmelitas descalzos, veinte benedictinos de Montserrat, un capuchino, siete misioneros del C. de M. Treinta y nueve hermanos de las E.E. C. y cuatro hermanos de la extinguida congregación de Ter-

No se equivoca pues el pueblo cristiano cuando, con sus Prelados a la cabeza, acude a la Santa Sede implorando la glorificación de sus Mártires, no se equivocan cuantos entretanto les invocan privadamente en sus necesidades. España, junto con todo el mundo católico vibró ante la muerte del P. Miguel Pro., el mártir mejicano de Cristo Rey. No nos abruma ahora la grandeza de tanta gloria por muchos que fueran los que entre nosotros murieron con el mismo grito en los labios. Sin contar los innumerables seglares sacrificados en la gran hecatombe martirial, los sacerdotes que dieron su vida fueron 4.254; los religiosos de distintas Congregaciones, 2.772 y los seminaristas, 249. Todos ellos presididos por los doce Obispos, mitrada estirpe seguidora de los Siete Varones apostólicos y de los Fructuosos, Pacianos y Severos. Los nombres de las gloriosas víctimas figuran en un catálogo a los pies de Cristo Rey en su Santuario de Valladolid. Quiera Él que su Vicario los inscriba algún día en el catálogo de los Santos.

Francisco SEGURA, S. I.

ciarios Carmelitas de la Enseñanza. A este proceso se une el concluido en Barcelona de sesenta y cuatro religiosos de aquella diócesis.

A LA IGLESIA PERSEGUIDA

(De la Encíclica «Ad Petri Cathedram», de S. S. Juan XXIII)

Mientras exhortamos a todos nuestros hijos en Cristo a evitar los funestos errores que pueden destruir no sólo la religión, sino la comunidad de los hombres, vienen a nuestro recuerdo tantos venerables hermanos en el Episcopado y amados sacerdotes y fieles que por coacción han sido desterrados o detenidos en campos de concentración y en cárceles, precisamente porque no han querido faltar a su deber episcopal o sacerdotal ni apostatar de la fe católica.

A nadie queremos ofender; antes más bien deseamos conceder a todos el perdón y pedirselo a Dios. Pero la conciencia de nuestro deber sagrado exige que defendamos, según nuestra posibilidad, los derechos de estos hermanos e hijos, y que roguemos insistentemente para que sea concedida a todos ellos la legítima libertad, que a todos es debida, y, por tanto, también a la Iglesia de Dios. Quienes siguen los principios de la verdad, de la justicia; quienes sirven a los intereses particulares y colectivos, no niegan la libertad, no la extinguen, no la oprimen: no tienen necesidad de recurrir a estos medios. Pues es cierto que con la violencia y con la opresión de las conciencias nunca se llegará a la justa prosperidad de los ciudadanos.

Pensamos que se ha de tener, por cierto de una manera especial, que, cuando se desconocen o se conculcan los sacrosantos derechos de Dios y de la religión,

más pronto o más tarde vacilan y caen por tierra las mismas columnas de la sociedad. Lo notaba sapientísimamente nuestro predecesor León XIII: "De donde se sigue... que, cuando se repudia la suma y eterna norma de Dios que manda y prohíbe, entonces se quebranta el vigor de las leyes y se debilita toda autoridad". Con lo cual concuerda aquella sentencia de Cicerón: "Vosotros, ¡oh, pontífices!, más diligentemente defendéis la ciudad con la religión que con las mismas murallas".

Considerando estas cosas, con sumo dolor abrazamos en nuestro corazón a todos y cada uno de aquellos que son oprimidos en el ejercicio de la religión y que muchas veces también "padecen persecución por la justicia" y por el reino de Dios. Participamos en sus dolores, en sus angustias, en sus aficciones, y elevamos nuestras súplicas al cielo para que rompa finalmente para ellos la aurora de tiempos mejores. Y esto mismo deseamos con toda el alma, a saber, que se unan a Nos todos nuestros hermanos e hijos en tal manera que desde todos los rincones de la tierra suba a Dios misericordioso un coro inmenso de súplicas que haga descender sobre estos desventurados miembros del Cuerpo místico de Cristo una abundante lluvia de gracias.

EL EJEMPLO DE LOS MARTIRES

Palabras de S. S. Juan XXIII a una peregrinación tarraconense (21-VI-59)

Señor Cardenal:

amadísimos peregrinos:

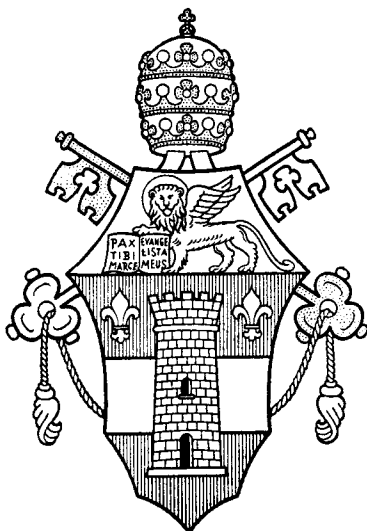
La sangre de los mártires en la historia antigua de Tarragona señaló una era de vitalidad cristiana que en el siglo tercero y siguientes dejó en el Santoral una constelación de nombres tan ilustres como los del Obispo Fructuoso con sus Diáconos Augurio y Eulogio. El centenario que estáis celebrando de estos martirios, os ha traído al Vicario de Cristo para coronar con broche de oro estas solemnidades.

Es de poco tiempo atrás; está aún fresca la sangre de beneméritos sacerdotes y religiosos, quienes en la Tarragona del siglo veinte dieron su vida en manos de hombres sin Dios: el testimonio de su muerte viene ahora con vosotros a Roma para ser sometido al dictamen de la Santa Sede. Por eso Nos agrada proponeros, al saludaros, una breve consideración.

Si el confesar a Cristo con la sangre es un fenómeno de casi todas las épocas de la historia en la Iglesia, plantada con la que fue derramada por su divino Fundador, debe ser también de cada día la profesión que el cristiano ha de hacer de Cristo con su bondad y generosidad, con su mortificación, con su vida crucificada: «Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis» (Gal. 5, 24).

A esto nos debe animar el ejemplo de los mártires, gloria de la Iglesia Tarraconense; a esto asimismo nos invitan sus tormentos.

Permitidnos, amadísimos peregrinos, que os expresemos Nuestra gratitud por vuestras pruebas de afecto filial, por la devoción que Nos habéis demostrado especialmente en estos momentos. Sean vuestros Santos Mártires los que del Altísimo obtengan para vuestro Venerable y de Nos tan estimado Cardenal Arzobispo, para el Clero y los fieles de Tarragona entera las más escogidas bendiciones del Cielo.



EL CALIZ DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO

En la Fiesta de la Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo (1.º de julio)

Comienza el mes de julio con una fiesta litúrgica de profundo sentido y de grandísima devoción: es la Fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, Sangre de valor infinito, precio sobreabundante de la Redención de todo el género humano.

Pero hemos de reconocer que esta solemnidad no ha penetrado todavía como sería menester en la conciencia y en la devoción del pueblo cristiano, siendo así que su significado no puede ser más alto ni más consolador, y que toda la celebración de esta Fiesta, Misa y Oficio, es una maravilla de arte literario sagrado y una de las piezas más acertadamente acabadas de toda la Liturgia.

Se celebraba antiguamente en diversas Diócesis y Órdenes Religiosas. El día destinado a su celebración era el Viernes de la IV semana de Cuaresma. Ahora se celebra en la Iglesia Universal. El mismo gran Papa Pío IX, que extendió a todo el Orbe cristiano la celebración de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, fue el que extendió a toda la Iglesia la Fiesta de la Preciosísima Sangre, que es como un complemento de aquélla. Era el año 1849; y Pío IX, agradecido a Nuestro Señor por haber sido librado del destierro de Gaeta, y restituido a sus Estados Pontificios, después de la revolución de 1848, decretó que esta Fiesta se celebrase en toda la Iglesia con rito doble de II clase. — Más tarde el Papa, de inmortal memoria, Pío XI, la elevó a doble de I clase, para que fuese como recuerdo perenne de la celebración del Centenario de la Redención con el Jubileo extraordinario de 1933-1934 —. La piedad de los fieles más fervorosos, sintiendo con la Iglesia, dedica todo el mes de julio, iniciado el día 1.º con tan solemne Fiesta, al culto de la Preciosísima Sangre del Divino Redentor y a participar de sus inmensos frutos de salvación y santificación; y así, habiendo consagrado el mes de junio, durante el cual se suele celebrar la Fiesta del Divino Corazón, al culto de esta Fuente de salud, de la cual brotó la Sangre con que fuimos rescatados, consagra el mes de julio a la adoración de este Precio de nuestra Salud y a llenarse de sus riquísimos bienes.

Con ocasión de esta hermosa Fiesta, y ya que en el presente año conmemoramos el XVII Centenario de la venida del Santo Cáliz de la Última Cena del Señor a tierras de España, para que definitivamente quedase en la Iglesia Catedral de Valencia, será oportuno considerar con fe viva y con agradecida devoción por qué Cristo Nuestro Señor llamó al Cáliz de su Sangre el Cáliz de su Testamento; y por qué dijo que su Testamento era nuevo y eterno.

I. Todo cuanto Cristo Jesús dijo e hizo en su Últi-

ma Cena, desde el principio hasta el fin de ella, suena a Testamento. Sabía muy bien que el día siguiente, el Viernes Santo, había de morir con muerte de cruz. Era perfectamente libre y señor de sí; podía tomar las disposiciones que quisiese para después de su muerte; le rodeaban sus Apóstoles, que tenían la representación de toda la Iglesia y aun de todos los redimidos; y en aquella hora solemne quiso testar; nos dejó su Testamento.

Para entender mejor su contenido y su significado, contemplemos primeramente una grave escena, que no es infrecuente en la familia humana; y así después podremos elevarnos con más luz y facilidad a la contemplación de la soberana escena de la Familia divina-humana en la tarde del Jueves Santo.

1.º Un buen padre de familia, noble y rico, cercana ya la hora de su muerte, reúne junto a su lecho a todos sus hijos; y ante ellos hace estas dos cosas:

a) En primer lugar, de palabra, les manifiesta todas sus últimas voluntades, que se contienen en estos tres puntos: 1) cuáles son sus bienes de fortuna en fincas rústicas y urbanas, en valores, en metálico; y de qué manera se los reparte a ellos, ya en forma de herencia, ya en concepto de legados, añadiendo lo que lega a otras personas de su servicio, amistad, etc.; 2) a continuación, les indica sus disposiciones para bien de su propia alma y de su cuerpo: sufragios que deja para bien de alma, ya en Misas, ya en otros actos de Culto divino, ya en limosnas; y lo que se refiere a sus restos mortales, es decir: conducción de su cadáver, entierro, sepulcro; 3) y, finalmente, con grande encarecimiento y con acento conmovido les da sus postreros encargos, avisos y recomendaciones, que se reducen a lo siguiente: que permaneciendo en torno de su madre, a la cual deberán mirar y atender con la mayor solicitud y cuidado, vivan ellos muy unidos, perfectamente unidos, sin consentir que ni por los intereses materiales, ni por ningún otro motivo, haya en ellos desavenencia ni discordia ninguna.

b) Hecho esto, les añade: todo lo que oralmente os acabo de manifestar, lo encontraréis, dentro de tal cajón de mi mesa-escritorio, en tal carpeta, en la escritura notarial de mi testamento. Con este documento legal en la mano, podréis entrar en posesión legítima y pacífica de los bienes que a cada uno de vosotros os dejo; en él tendréis concretamente las disposiciones que he tomado y que de palabra os he dicho, para bien de mi alma y para lo referente a mis restos mortales; y en él tendréis siempre a la vista, para que nunca lo olvidéis, lo que con todo mi corazón os he recomendado en esta hora solemne.

2." Algo así, pero en forma incomparablemente más completa y excelsa, hizo Jesucristo al hacer su Testamento en la Última Cena.

a) Primeramente, de palabra, les dijo a sus Apóstoles, y en ellos a todos nosotros, los bienes de infinito valor que nos dejaba, ya como herencia que es la vida eterna, posesión dichosísima del mismo Dios en la gloria del cielo, ya como legados, todos ellos preciosísimos para el tiempo de esta vida temporal, que se resumen en los bienes de gracia, preparación para los bienes de gloria; y en esos bienes de gracia entran el perdón de nuestros pecados, y, por consiguiente, de las penas eternas que merecemos por ellos; la vida divina de la Gracia, con la adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo. Por lo que concernía a su Alma Santísima y a su Purísimo Cuerpo, no hubo de hacer a sus Apóstoles encargo ninguno, pues todo lo tenía puesto en manos de su Padre Celestial, y sabía que por amor a él y a nosotros, y por obediencia a la voluntad de Él para bien nuestro, entregaría su Cuerpo a sus propios y encarnizados enemigos para que a poder de tormentos lo destrozasen, lo matasen, y lo sepultasen en un sepulcro, dado de limosna. Mas ya que de su propio Cuerpo y Alma no tomaba disposiciones que hubiesen de cumplir sus Apóstoles, y como tenía un Cuerpo Místico, del que Él sería la Cabeza, y ellos los miembros, de ese Cuerpo sí que les dejó los encargos más soberanamente grandes, en especial por lo que se refiere al que había de ser el ALMA de ese Cuerpo Místico, a saber el Espíritu Santo, cuya maravillosa efusión prometió, añadiendo lo que el Divino Espíritu haría en nosotros, individual y colectivamente. Y lo tercero fue hacernos unas promesas regaladísimas y unas recomendaciones, avisos y encargos, llenos de amor, y expresados con las palabras más íntimamente encarecidas. Las promesas, además de la ya indicada de la efusión del Espíritu Santo en nosotros, fueron que oíría nuestras ora-



ciones, que estaría con nosotros en nuestras luchas y sufrimientos, y que nos ayudaría en todas nuestras obras para que yendo en pos de Él, participásemos después de su eterno premio. Y en estas promesas y encargos fue donde más se extendió Jesús, como abriendo de par en par su Santísimo Corazón, sobre todo al hacernos la suprema de sus recomendaciones y encargos, que fue la unión de todos, tan completa, que fuésemos todos una misma cosa en una consumada y perfectísima unión.

b) Expresado todo esto de palabra, Jesús, como ejemplarísimo Padre de familia, que había venido a hacernos entrar, concorporados consigo, en la Familia Divina, dijo a sus Apóstoles, y en ellos a todos nosotros, que en vez de Escritura legal de Testamento, nos dejaba nada menos que el Cáliz de su Sangre, el cual no sería como el documento que daría fe de todas sus últimas voluntades, y tendría incomparablemente mayor valor que toda escritura notarial, o carta de privilegio, o arras, o prenda, aun las más excelentes, firmes y acreditativas.

Por esto llamó con plenísima razón al Cáliz de su Sangre el Caliz de su Testamento, porque esta Sangre Preciosísima es la que da firmeza a toda su herencia y a todos sus legados, pues por Ella hemos de cobrar y poseer legítima y pacíficamente todo lo que Cristo nos ganó y nos dejó en su Testamento. Asimismo en esta Sangre tenemos los más sólidos motivos de grandes afectos de amor, de confianza, de alegría y de seguridad de nuestra salvación, pues en esta Sangre tenemos todo lo que necesitamos para vivir como miembros vivos, sanos y útiles de su Cuerpo Místico. Y también, ya que esta Sangre, que se contiene en este Cáliz vale para todo, por Ella alcanzamos luz divina y fuerza divina para permanecer en su amor, siendo fieles y constantes en la obediencia a sus mandamientos y consejos, y, sobre todo, para vivir perfectamente unidos, con una unión de amor de caridad que refleje la que tienen el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Todo lo tenemos y todo lo podemos cobrar y alcanzar por este Cáliz de la Sangre de Cristo; y así cuando celebramos o participamos el Santo Sacrificio de la Misa, hemos de ofrecer y presentar al Padre Celestial este Cáliz como Escritura y Señal segurísima del Testamento de su Divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. ¡Con qué ilimitada e inquebrantable confianza lo hemos de hacer, pues este Cáliz, por la Sangre que contiene, es como la Escritura divina del Testamento divino.

II. Réstanos ver por qué Cristo llamó a su Testamento "nuevo y eterno".

Y, ante todo, cuanto al epíteto "nuevo", demos de lado a la cuestión de crítica textual de si este adjetivo "nuevo" está en el original de S. Mateo, de S. Marcos, de S. Lucas y de S. Pablo; o si es una glosa. Lo cierto es que así está en la Vulgata y en la mayoría de los Códices griegos; y que, por lo menos, consta por la Tradición Apostólica, como dicho por el mismo Jesús.

Por lo que se refiere al otro adjetivo "eterno", si bien no está en los textos sagrados, es, sin embargo, cierto que lo pronunció Cristo; y esto lo sabemos por la Tradición Apostólica, a la cual también debemos el precepto de decirlo, como se hace, en la Consagración del Cáliz en la Santa Misa. Así lo enseña el Papa León IX en su Epístola al Emperador Miguel, cap. 9.º; y lo mismo enseña Santo Tomás (1).

Pero dejando, digo, estas cuestiones, lo que más nos interesa es conocer el pensamiento de Cristo cuando llamó "nuevo y eterno" a su Testamento, que firmaba y hacía válido con el Cáliz de su Sangre. He aquí como lo expone el Príncipe de los Comentadores de los Evangelistas, P. Juan de Maldonado (2): "¿Y por qué razón llamó Cristo a su Sangre *del nuevo Testamento*? Es punto digno de un comentario. Solían los antiguos pactar las alianzas con la sangre de las Víctimas; y algunas veces, para demostrar que el pacto era santísimo e inviolable, se sacaban sangre de las propias venas, y la daban a beber a la comparte... Pues no otra cosa ejecutó: dio a beber su Sangre a los Apóstoles, y sancionó el nuevo Testamento con los discípulos presentes, que representaban a la Iglesia toda, con la cual firmaba el nuevo Pacto. Además quiso también significarlo de palabra. Asimismo, aludió a la institución del viejo Testamento, que con la sangre de una ternera fue es-

tablecido. Hasta parece que se refirió a las mismas palabras de Moisés, que, rociando con aquella sangre al pueblo, dijo: *Esta es la sangre de la alianza que os ha mandado el Señor* (3). Contrapone, pues, su persona a Moisés, su Sangre a la sangre de la ternera, los apóstoles al pueblo judío, aspersión a aspersión, Testamento a testamento. Había Moisés rociado superficialmente al pueblo hebreo con la sangre de las víctimas; y roció Cristo a los Apóstoles interiormente con su Sangre... Y llama nuevo Testamento al nuevo Pacto, que establece con todo el mundo, y no sólo con el pueblo judío, pues todo el mundo recibirá el Evangelio, para que todo el que crea en Él no perezca, sino tenga la vida eterna, como dice S. Juan (4). Alude, finalmente, al nuevo Pacto que Dios tantas veces había prometido por los Profetas... Síguese, por último, de todo esto que, cuando habló del Cuerpo, no tenía por qué hacer alusión al nuevo Testamento; y si cuando habló de la Sangre, porque con la sangre se firmaban los pactos". Hasta aquí el insigne Maldonado.

Más brevemente el también insigne P. José M.ª Bover: "*Esta es mi Sangre de la Alianza*: estas palabras, reproducción deliberada de aquellas de Moisés: *Esta es la sangre de la alianza que Yahvé ha concertado con vosotros* (5), contienen dos afirmaciones de capital importancia: 1) que como aquella sangre era la del sacrificio solemne que acababa de ofrecerse, así ésta es la Sangre del Sacrificio de la Redención que va a consumarse; 2) que como con aquella sangre se concertó la alianza de Yahvé con Israel, así con ésta se concierta la Alianza de Dios con todo el género humano" (6).

Tras esto es muy fácil entender por qué Cristo llamó a su Testamento, no sólo "nuevo", sino también "eterno", pues nos prometía en herencia no la posesión temporal de la tierra de promisión, sino la posesión eterna del cielo y de todas sus dichas inmortales y divinas.

¡Oh, Sangre divina, que contenida y derramada místicamente en el Cáliz de la perpetua salvación, eres el Precio, infinito de nuestra Redención, purifícanos, sánanos, confórtanos, embriáganos en el amor de Jesucristo, de cuyo Santísimo Corazón brotaste con tanto amor y con tanto dolor, desde la Circuncisión hasta la Cruz.

Roberto CAYUELA, S. J.

(1) Parte III, q. 78, a. 2, ad. 4.

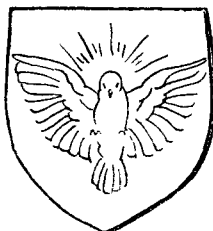
(2) Comentario al Evangelio de San Mateo, versión del P. Jiménez Font, S. I. BAC vol. 59, pág. 948, 949.

(3) Ex. 24, 8.

(4) 3, 16.

(5) Ex., 24, 8.

(6) Evangelio de San Mateo, pág. 448.



LA IGLESIA DEL SILENCIO: CHINA

CRONICA

La despiadada ofensiva que el Estado chino ha desencadenado contra la Iglesia es total. No permite resquicio alguno a la paz o a una mediana seguridad.

A todo sacerdote, chino o extranjero, que no esté encuadrado en la "Asociación Patriótica" le es impedida en general la cura de almas. Los pocos — contados — que pueden hacerlo deben luchar de continuo con las obstaculizadoras insidias de las autoridades. Claro ejemplo de ello lo constituye la disposición que obliga a los sacerdotes católicos a formalizar listas del número de asistentes a los Oficios, consignando sus nombres. Tales listas son luego minuciosamente comprobadas por los elementos policiales y el menor error es sancionado en forma inaudita.

De cuales son los castigos reservados a dichas "infracciones" y del trato que se hace objeto a sacerdotes y jerarquías eclesiásticas, nos ilustran las palabras escritas por el Internuncio Apostólico Mons. Riberi en ocasión de la muerte del Obispo chino de Ankwo (Hohpeh) Mons. Wang:

«En medio de la presente devastación de que es objeto la Iglesia, el Obispo Wang ha dado un ejemplo admirable de fidelidad. Sin hacerse notar, humildemente, ha resistido firme toda insidia y engaño del enemigo. Ha permanecido valerosamente en su puesto, resistiendo con paciencia todas las vicisitudes y tribulaciones surgidas en el desempeño fiel de su misión. Aceptó generosamente toda clase de sacrificios con tal de permanecer al lado de sus fieles y darles coraje con su presencia y cura espiritual. Se ha visto precisado a hilar algodón y a coser para poder subsistir. La pasada Pascua le obligaron a barrer las calles en castigo a un leve error sufrido al calcular cuántos cristianos habían asistido a las ceremonias pascuales. Cumplida la pena tuvo que refugiarse en un orfanato, pues se le había expulsado de su residencia...»

Por si las palabras de Mons. Riberi no fueran harto elocuentes al desvelar en un caso particular la situación, desgraciadamente general, de la Iglesia en China, vayan los datos siguientes:

En el período de año y medio 183 iglesias han sido transformadas en oficinas, 123 en cines y teatros, 166 fueron saqueadas, 25 destruidas, 101 clausuradas y 12 incendiadas. En dicho período 549 misiones fueron o saqueadas a confiscadas y 25 institutos de caridad fueron clausurados por imperativo estatal bajo el pretexto de que se mataba a los niños y se infligían torturas a los enfermos.

Durante este tiempo se ha encarcelado sin previo juicio, condenados a penas que van de 10 a 20 años de prisión a 10 Obispos, entre ellos Mons. José Hu, de 70 años, de la Diócesis de Taichow, Mons. Pi, de Mukden, Mons. Tang, Mons. Fan de Paoting, Mons. Ignacio Kiong Pin-méi de Shanghai. Por idénticas razones ha quedado sin obispo la Diócesis de Yutzé.

Suerte idéntica han sufrido los Administradores apostólicos de Cantón, Wenchow, Hankow, Hanyang y Wuchow, los Vicarios Generales de Taiyuán, Tiuchow y Tsingtao.

Sería interminable, baste decir que en el período que examinamos han sido detenidos y condenados a penas de prisión por su demostrada fidelidad a la Iglesia más de 150 sacerdotes, 4.000 seculares, 50 estudiantes de teología, 30 monjas y 48 religiosos. De estos últimos, podemos citar como recientemente detenidos (se ignora todavía su suerte) a seis padres jesuitas, todos ellos de Zi-Ka-Wei (Shanghai), son: P. José Song, P. Vicente Zi, P. Ignacio Tsú, P. Francisco Javier Ts'a, P. José Loh Da-gneu y P. Tadeo Ts'a.

La misma residencia de los PP. Jesuitas en Zi-Ka-Wei ha sido confiscada por el Estado y transformada en una "fábrica metalúrgica" para producir acero en unos hornos miniatura. Los obreros de esta "fábrica" son, además de los sacerdotes católicos de Shanghai, 300 religiosas chinas de diversas congregaciones, que la Policía ha concentrado en el antiguo Convento de las Presentandinas, conocido por Centro de San José, que dista unos doscientos metros de la antigua residencia de la Compañía.

También se ha convertido en fábrica, esta vez de productos químicos, el antiguo Seminario menor de Cantón. Para hallar, suponemos, mayores facilidades en la conversión de dicho Centro en fábrica, las autoridades procedieron al previo encarcelamiento del Administrador Apostólico de Cantón, Mons. Tang. Allí se ven forzados a trabajar todos los sacerdotes católicos de la localidad.

Este es el aspecto de la represión que podríamos llamar "externo". En cuanto al "interno", representado en esencia por el movimiento cismático de la "Asociación Patriótica" y los "adoctrinamientos" no es menos peligroso, véase sinó.

En un congreso celebrado en Nangchang (Kiangsi) los "católicos patriotas" han declarado que "es preciso abandonar las prácticas religiosas irracionales".

Aunque no se precisa en las actas de dicho Congreso qué prácticas deben considerarse como "irracionales", de su contexto y de informaciones suplementarias puede deducirse que lo son, por ejemplo, una Misa o función religiosa que sustraiga al asistente a sus deberes sacrosantos de producción por espacio superior a veinte minutos. Han sido asimismo declaradas "irra-

cionales” oraciones impuestas o recomendadas por la Iglesia, como las oraciones al pie del altar después del sacrificio de la Misa, la consagración al Inmaculado Corazón de María, etc.

Es “irracional” el bautismo administrado a niños que no han alcanzado la edad de discreción y lo es también el secreto de confesión. Los motivos de esta última “irracionalidad” no pueden ser más obvios para un buen comunista: *nada puede existir secreto u oculto para el Partido.*

Estas conclusiones a que llegaron los “católicos patriotas” en el citado congreso, reflejan de manera fidelísima la actitud de todos y cada uno de los miembros de la “Asociación” con respecto a la Iglesia; actitud que, de manera expresa, ya había revelado el primero de los “obispos” nombrados a espaldas de Roma en su “toma de posesión” de la diócesis de Changtu:

“Pienso — dijo — que no estoy suficientemente preparado para una responsabilidad tan grande; pero la voz del pueblo es voz de Dios: debo, por tanto, armarme de valor y asumir el gobierno de esta diócesis. Desde ahora quiero guiar a los 40.000 fieles y al clero de esta diócesis por la vía del socialismo bajo la dirección del partido comunista, tomar parte activa en la construcción socialista iniciada en este país, desarrollar intensamente el movimiento antiimperialista y patriótico en la diócesis de Chengtu, oponerme a cualquier interferencia del Vaticano, sea cual fuere la forma en que se presente, y asegurar la plena independencia de los asuntos de la Iglesia. Mantendré relaciones con el Vaticano, a condición de que no resulten nocivas para el prestigio de la patria, ni al bienestar del pueblo, y siempre limitadas a cuestiones de dogma...”

Terminó el acto otro orador con las siguientes palabras, pronunciadas ante la absoluta adquiescencia del flamante “obispo”:

“...la elección del obispo para la diócesis de Chengtu, hecha por el clero y los fieles, marca una fecha histórica para la Iglesia de todo el país... Sólo así será posible combatir la conspiración política del Vaticano, que abusa de su autoridad religiosa para costreñir a los católicos de China a servir sus intereses imperialistas...”

Pero como a pesar de tanta insidia, la casi totalidad de los católicos chinos manifiestan su repugnancia hacia la “Asociación patriótica”, quieren las autoridades forzar su enuadre en ella o, mejor, su apostasía, mediante el ya conocido sistema de “adoctrinamiento”.

Para hacerse una mediana idea de la intensificación de estos “cursillos de adoctrinamiento”, baste decir que están obligados a asistir a ellos los católicos de

Mukden, Nangchang, Tientsin, Hankow, Shanghai, Cantón, todos los de la provincia del Kwangtung y los de Sianfú.

De la odisea de las juventudes católicas obligadas a asistir a los “cursillos de adoctrinamiento” nos habla elocuentemente la carta de una muchacha china, cuyo nombre se silencia por la más elemental discreción.

“...nos llevaron a un puesto de la Policía, donde nos sometieron a largos interrogatorios. Nos prohibieron regresar a nuestros hogares, por cuya razón tuvimos que quedarnos allí durante una semana, prácticamente como encarcelados. Luego nos condujeron al «centro de adoctrinamiento», donde seguimos un «cursillo de instrucción» fatigosísimo además de tomar parte, cuatro veces diarias, en grandes concentraciones escuchando noticias, para participar luego, en grupos más o menos numerosos, en interminables debates. El curso duró tres meses. Luego, de improviso, el Estado ordenó que diéramos comienzo a otro curso en otra región. Partíamos por la mañana con el alba y regresábamos pasada la media noche. La disciplina era muy severa, la atmósfera gélida y las condiciones espirituales indescriptibles. A veces las clases continuaban por la noche hasta la madrugada siguiente; durante el «adoctrinamiento» no se nos permitió descanso alguno, ni los domingos. Este nuevo curso duró un mes, a la terminación del cual se nos obligó a redactar una extensa memoria. Así terminó el «adoctrinamiento» en grupo. Pero teníamos — tenemos — la obligación de continuarlo individualmente. La diferencia consiste únicamente en que sólo tenemos que presentarnos ante la Policía para someternos a sus interrogatorios tres o cuatro veces por semana. Estamos convencidos que ya nunca más nos dejarán en paz... No podemos más... Toda mi familia ha sido dispersada, Dios sabe dónde... Rogad por nosotros, para que el Señor nos bendiga y nos dé la fuerza necesaria para soportar tanto dolor...”

No es preciso transcribir más para darnos cuenta de la verdadera situación de la Iglesia en China, realmente trágica y que da lugar a casos paradójicos, como por ejemplo la no asistencia de los católicos a la Misa o la no frecuentación de los Sacramentos a causa de su fidelidad a la Iglesia.

En efecto, casi ya en la mayoría de lugares sólo pueden officiar sacerdotes de la “Asociación patriótica”. Los fieles a Roma o están muertos o encarcelados. El pueblo cristiano, que como hemos dicho demuestra su total repulsa por aquellos “sacerdotes patriotas”, se abstiene de frecuentar, pues, los templos en muestra

EL CONCILIO ECUMENICO Y LA UNIDAD CRISTIANA

Los Reyes de Grecia en el Vaticano

SS. MM. los Reyes de Grecia visitaron oficialmente al Papa a fines del pasado mes de mayo. Con tal motivo S. S. les dirigió una alocución de la que entresacamos los siguientes párrafos:

“No podemos olvidar que muchos de los pontífices romanos de los primeros siglos, predecesores Nuestros en la sede de Pedro, tuvieron a Grecia por patria: mártires, como Evaristo, Telesforo, Higino, Antero, Sixto II; confesores, como Eusebio, Zosimo, Teodoro, Zacarías, y los dos Juanes, sexto y séptimo, que Nos agrada contar en la serie de quienes hemos querido particularmente perpetuar el recuerdo.”

“Es en griego, Nos no podemos silenciarlo, que han escrito San Pablo y tres de los cuatro evangelistas; en griego han hablado y escrito a su alrededor los genios de la edad patristica que en nuestros años de estudio y de enseñanza hemos mantenido en contacto tan familiar: un San Gregorio Nazianceno, un San Basilio, un San Juan Crisóstomo, gigantes sobre los que se ha construido el edificio posterior de la teología, tanto en Oriente como en Occidente.”

Y con exquisita cordialidad prosiguió en lengua griega el Papa:

“SeaNos permitido al acabar asegurar a Vuestras Majestades que los lazos que Nos hemos hecho con vuestra noble patria no se han relajado; y que el pueblo helénico tiene toda Nuestra estima y Nuestra simpatía. Estamos satisfechos de poderlo testimoniar de viva voz, feliz de poder dar a Vuestras Majestades, en el momento en que la Providencia Nos concede manifestaros por primera vez la bienvenida a nuestra casa, la seguridad de que encontrarán siempre en los católicos de Grecia hombres profundamente leales y devotos.”

Domund de la Unidad

La Agencia OFIM comunica que se ha reunido en Roma el Consejo Directivo de la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, que preside Mons. Pedro Sigismondi, arzobispo tit. de Neapolis de Pisidia y secretario de la Congregación de Propaganda Fide. El Consejo ha estudiado las directrices de la próxima campaña del Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, celebrado todos los años el penúltimo domingo de octubre.

Se ha acordado denominar este año a dicha jornada Domund de la Unidad Cristiana, a fin de preparar a los fieles para el magno acontecimiento del Concilio Ecuménico.

¿Constitución de un Diaconado?

En el Congreso Litúrgico celebrado en Asís, hace dos años, un Obispo de Indonesia, Mons. Guillermo Van Bekkum, vicario apostólico de Ruteng, planteó la cuestión de la constitución de un diaconado auxiliar que supliese al sacerdote donde éste no pudiese llegar.

Posteriormente Pío XII aludió a este problema en el discurso dirigido al Congreso Mundial del Apostolado Seglar reunido en Roma el año 1957.

Próximo el Concilio Ecuménico algunas revistas católicas han sugerido sea estudiada la cuestión. Con gran detalle se ha ocupado de este asunto “Missioni Cattoliche”, del Instituto de Misiones Extranjeras de Milán.

CRISTIANIDAD ofrecerá próximamente a sus lectores un estudio sobre el Diaconado en la Iglesia.

Iglesias Orientales de la India

Recientemente la señora Anna Khandi, católica india de rito malankar, ha sido elegida juez de la Corte Suprema del estado de Kerala en la India. Es la primera vez que una mujer ocupa tal cargo en una Corte Suprema de Justicia. La señora Anna Khandi nació en el seno de la Iglesia disidente Malankar y en 1931 se convirtió al catolicismo cuando lo hizo su obispo.

La historia de esta Iglesia Malankar se remonta al siglo xv, cuando los portugueses, al llegar a la India, encontraron a los llamados cristianos de Santo Tomás, que obedecían al Khatolikos de Seleucia-Ctesifonte, o sea al Patriarca Caldeo nestoriano. Los portugueses trataron de conseguir su unión con Roma, y aun cuando ésta estaba dispuesta a reconocer a los obispos sirios enviados por el patriarca nestoriano, se acordó al fin nombrar para ellos un obispo latino. En el Sinodo de Diamper (1599) se confirmó definitivamente la unión. Fue nombrado obispo de estos cristianos, a los que se llamó malabares, un sacerdote jesuita. Su rito era el siro-oriental, propio de la Iglesia Caldea. La tendencia latinizante del nuevo obispo y de sus sucesores y las dificultades frente al arcediano indígena, que estaba acostumbrado a dirigir la Iglesia, hicieron surgir un cisma en el año 1652. El Patriarca monofisita de Antioquía envió un obispo al que se sometieron, tornando su rito siro-oriental en siro-occidental, propio de la Sede Antioquena. Y así nació la Iglesia Malankar.

No todos los católicos malabares se unieron al cisma, así como no todos habían reconocido la unión de Diamper. Los católicos continuaron en la Iglesia bajo obispos latinos. Y los disidentes, unos bajo obispos caldeos, otros bajo obispos antioquenos.

Los carmelitas descalzos italianos, encargados de la evangelización de aquellas regiones, apoyaron siempre a los católicos malabares. Un obispo carmelita, secundado por dos sacerdotes indígenas, fundó en 1855 una orden religiosa malabar, los Terciarios Carmelitas Malabares. La orden fue aprobada en 1906 y cuenta hoy día con más de 500 miembros. Finalmente el año 1923 consiguieron los católicos malabares tener jerarquía propia, obispos de su rito. En la actualidad no existen más que unos pocos centenares de malabares disidentes. El resto reconoce a la Sede Romana y está agrupado en dos provincias eclesíásticas: Changanacherry, con las diócesis sufragáneas de Kottayam y Palai, y

Ernakulam, con las diócesis de Kothamangalam, Tellicherry y Trichur. Existen en total más de mil sacerdotes malabares y el número de fieles supera al millón trescientos mil.

La Iglesia Malankar, escindida de la Sede Romana en 1652, no tuvo ningún contacto con el catolicismo hasta que en el año 1930 se convirtieron dos de sus metropolitanos: Mar Ivanios y Mar Teofilos, arrastrando tras de sí a buen número de fieles. Actualmente hay más de 170 sacerdotes católicos malankares que atienden a 100.000 fieles. Existen además cuatro monasterios de la Orden de la Imitación de Cristo. La Iglesia Malankar cuenta con dos diócesis: Trivandrum y Tiruvalla y conserva su rito siro-occidental o antioqueno, con partes en malayalam, lengua viva del país. Sus ayunos son muy rigurosos y ocupan 105 días al año.

En ambas Iglesias, Malabar y Malankar, el movimiento de conversiones es muy consolador. Existen todavía cerca de un millón de cristianos disidentes en la India. El total de católicos, por ritos, es: malabares, 1.300.000; malankares, 100.000; latinos, 3.900.000 más otros 300.000 en el patriarcado de Goa, en la India Portuguesa. Total: 5.600.000.

La cuestión de los ritos chinos

Dos revistas se han ocupado últimamente de la cuestión de los ritos chinos. Ambas, "L'Ami du clergé" y "La Civiltà Cattolica" rehabilitan la memoria y los procedimientos del jesuita italiano Mateo Ricci.

El P. Ricci llegó a Macao en 1582. Sus métodos fueron los enunciados ya por el papa San Gregorio Magno: respetar las tradiciones, costumbres y cultura del país cristianizado. Se estableció en Nanking y luego en Pekín. Procuró tornarse un chino más. Se hizo amigo de los letrados, poderosa clase social, y les muestra los instrumentos que lleva consigo: había estudiado matemáticas y astronomía en el Colegio Romano, hoy Universidad Gregoriana. Llega incluso a adoptar la indumentaria del país y es finalmente recibido por el Emperador. Y empezó su labor misional.

Dos son los principales impedimentos que encuentra: la traducción del vocablo Dios y el culto a Confucio. Traduce Dios por T'ien, cielo, por T'ien-chu, señor del cielo, o por Shang-Ti, Supremo Señor. Permite el culto a Confucio como meramente civil.

Así, utilizando sus mismos métodos, los jesuitas que le sucedieron lograron convertir a 150.000 chinos. Al llegar misioneros dominicos, franciscanos, agustinos y de las misiones extranjeras de París, no practicaron el mismo método porque no les gustó su forma de actuar y empezaron a "occidentalizar" la Iglesia. Hacia 1700 los cristianos chinos habían llegado a 300.000, mientras se discutía la cuestión de los ritos chinos. En 1645 es condenado el método de los jesuitas y en 1656 es autorizado. Teniendo en cuenta las diferentes personas y circunstancias el Papa declara que ambos decretos tienen validez. Los jansenistas en Europa

atacan duramente a la Compañía de Jesús, levantando contra ella grandes calumnias. Las diferencias de opinión entre los propios misioneros produjo la decadencia de la misión.

Modernamente se ha dado la razón al P. Ricci. El Gobierno de China declaró en 1914 que los honores a Confucio eran puramente civiles, imponiéndolos en todo el Imperio sin distinción de religiones. Pío XI se atiene también al método de Ricci. Y en este mismo sentido son las directrices de la Congregación de Propaganda Fide en 1939 y en 1941.

La expansión misional de la Iglesia Caldea

En realidad ni el P. Ricci, ni el franciscano Juan de Monte Corvino, nombrado arzobispo de Pekín a principios del siglo XIV, fueron los primeros misioneros en China.

En el siglo VIII misioneros de la Iglesia Caldea habían llegado a China. Bajo el Katolikos Timoteo I se dio un gran auge al envío de misioneros al Asia Central, a la China y a la India. Con anterioridad, en el siglo VI, Cosmas Indicopleustes en su Topografía Cristiana, resultado de un viaje por Oriente, nos cuenta la relación de los cristianos de la India con el Patriarca Caldeo.

La Iglesia Caldea es la Iglesia Siro-Oriental o Persa. En Persia el cristianismo comenzó a extenderse hacia el siglo II. Al iniciarse el siglo III, Sapor I llevó cautivos a numerosos cristianos del Imperio Romano. El cristianismo se difundió entre la población siria del imperio sasanida y la lengua litúrgica fue el siríaco. Al reconocerse el Cristianismo en Roma, por el Edicto de Milán del emperador Constantino (313), se tuvo a los cristianos persas por sospechosos. Y se desencadenaron contra ellos terribles persecuciones. Por tal motivo la comunión con Roma fue imposible durante largo tiempo y se formó una Iglesia con gran independencia. El obispo de la capital fue el primado de la misma.

En el sínodo de Seleucia (410) se confirmó la primacía del obispo de Seleucia-Ctesifonte sobre los demás prelados persas y pasó a denominarse Katolikos.

Las luchas del Imperio Romano con el Imperio Persa movieron a los cristianos persas a declararse independientes a fin de librarse de las persecuciones. Otra causa que motivó la separación fue la clausura de la escuela de Edessa, donde se había formado la mayor parte del clero persa, y la emigración de sus maestros al Imperio Sasanida. En la escuela de Edessa predominaba el nestorianismo.

Por todo ello los Sínodos declaran sucesivamente la autonomía de la Iglesia Persa y el nestorianismo doctrina oficial. (Markabta y Seleucia, 423 y 486 respectivamente).

Los cristianos persas ya hemos dicho que eran en su mayoría sirios. Al sobrevenir la dominación árabe, con los califas Omeyyas, fueron respetados por afinidad de

raza. Mientras, los mazdeístas persas eran perseguidos y muchos de ellos se convirtieron al cristianismo. En la época de los califas Abasíes los cristianos llegaron a ocupar puestos en la corte árabe. Es entonces el período de mayor esplendor de la expansión misional. A principios del siglo VIII, Samarkanda era sede episcopal. Los hunos habían sido evangelizados. En China y en la India había penetrado el cristianismo.

Luego, con los mogoles, prosperó aún más la Iglesia Persa. En el siglo XI los misioneros nestorianos predicaron a los mogoles keraitas. Los mogoles se apoyan en los cristianos para luchar contra los musulmanes. El Imperio de los Khanes respetó y favoreció a la Iglesia Persa. Un Katolikos de origen mogol, Jahballaha III, a fines del siglo XIII, consagró casi un centenar de obispos y los envió al Extremo Oriente, donde eran apoyados por los propios mogoles que dominaban aquellas regiones.

La muerte de Jahballaha III marca la decadencia de la Iglesia Persa. Al desaparecer los mogoles de China, hacia el siglo XIV, los cristianos perdieron su influencia. A mediados del siglo XVI no resta nada de la gran expansión misional de la Iglesia Persa, motivado en parte por las luchas para la consecución del Katolikos, que a mediados del siglo XV se convirtió en hereditario de tío a sobrino.

Al fallecer Simón VII Bar Mama, hacia 1550, una parte de fieles no quiso reconocer a su sobrino Simón VIII Denha y eligieron otro Katolikos. El elegido, Juan Sulaqa, se apoyó en los franciscanos de Tierra Santa, que le enviaron a Roma, donde se convirtió y reconoció la Sede Romana. Regresó luego siendo el primer patriarca católico caldeo desde el siglo V. Murió mártir asesinado por los cismáticos. Sus sucesores hasta Simón XIII mantuvieron relaciones con Roma, pero éste, a fines del siglo XVII, se hizo nestoriano y trasladó la sede al Kurdistán. Los actuales nestorianos y su patriarca descienden de este núcleo unido en el siglo XVI y separado en el XVII.

Pero no todos los caldeos se unieron a Simón XIII. Se conservó un grupo católico en Diarkebir dirigido por los capuchinos, a cuyo obispo dio el Papa el título de Patriarca en 1681.

Los dominicos convirtieron al catolicismo a fines del XVIII, al sobrino del Patriarca Elías XI, que fue reconocido por Roma como administrador del Patriarcado de Babilonia. Durante largo tiempo existieron tres patriarcas caldeos: dos católicos y uno cismático.

Al fin, mediado el siglo XIX, se suprimió el Patriarcado de Diarkebir quedando un único Patriarca Católico de Babilonia de los Caldeos. En nuestro número anterior dimos noticia del nombramiento de nuevo Patriarca Católico Caldeo.

La dominación turca no penetró en Persia, porque se le opuso la dinastía nacional de los Safavidas. A su caída, a mitad del siglo XVIII, los cristianos fueron perseguidos nuevamente. Se restableció la paz al

poder la dinastía de los cuaghiars, que reinó todo el siglo XIX y el primer cuarto del actual.

El Cristianismo en el Tibet

Los recientes sucesos del Tibet nos recuerdan otra vasta región evangelizada por la Iglesia Persa, organizada ya eclesiásticamente en el siglo VI, aunque de forma muy centralizada, ya que los obispos sólo eran persas. Dichos obispos hacían la vida nómada de sus fieles, adscribiéndose a una comunidad determinada y no a un territorio.

El Patriarca Jaballaha III reorganizó y desarrolló de nuevo las misiones tibetanas, al mismo tiempo que llegaban misioneros latinos enviados por el arzobispo de Pekín, fray Nicolás, sucesor de fray Juan de Monte Corvino, enviado desde Aviñón por Juan XXII.

El advenimiento en China de la dinastía Ming borró la obra misionera de caldeos y latinos en el Tibet. Los primeros no regresaron ya más. Los latinos lo intentaron repetidas veces.

Hacia 1625 un jesuita portugués que logró penetrar en el Tibet fue expulsado. Un siglo más tarde, otro jesuita logró establecer una misión permanente en Lhasa auxiliado por frailes capuchinos. Pero a fines del siglo XVIII había desaparecido por completo.

El año 1844 llegaron, por primera vez misioneros procedentes de China, dos paúles. Su misión no tuvo éxito pues fueron también expulsados. El Papa Gregorio XVI erigió el Vixariato Apostólico del Tibet confiándolo a las Misiones Extranjeras de París. Sus dos primeros sacerdotes fueron asesinados. Sus sucesores tuvieron que establecerse en la frontera. Hacia 1930 llegaron procedentes de Suiza los canónigos regulares de San Bernardo de Menthon y establecieron un monasterio junto a Kalimpong, por donde poco ha escapó del Tibet el Dalai-Lama. El año 1946 el Tibet pasó a formar parte de la diócesis de Kangting, destruida por la dominación comunista en 1952.

Sólo quedan junto al Tibet los canónigos del Gran San Bernardo.

La Iglesia de Antioquía

En las mismas fechas en que era elegido Papa S. S. Juan XXIII se elegía en Damasco nuevo Patriarca de Antioquía, de Cilicia, de Iberia, de Siria, de Arabia y de todo el Oriente. El elegido fue el obispo de Trípoli del Líbano, Mons. Teodosio Aburgeli, que tomó el nombre de Teodosio VI. En nuestro número de marzo hemos reproducido sus manifestaciones sobre el próximo Concilio Ecueménico.

Actualmente la Iglesia Ortodoxa de Antioquía consta de las siguientes metrópolis o provincias eclesiásticas:

Líbano: Trípoli, Zahle, Akkar, Beirut, Monte Líbano, Tiro-Sidón.

Siria: Hama, Latakia, Hauran, Homs, Alepo.

Persia: Bagdad.

EE. UU.: Nueva York.

Brasil: Sao Paulo.

Argentina: Buenos Aires.

Cuatrocientos mil fieles componen la Iglesia Antioquena: 160.000 en el Líbano, 150.000 en Siria, 70.000 en América y 20.000 en Persia.

S. B. Teodosio VI cuenta 73 años. Cursó estudios en los colegios ortodoxo de los Tres Doctores y de los Hnos. de las Escuelas Cristianas en Beirut y en el colegio ortodoxo "Asia" en Damasco. Enseñó Teología en la Escuela Kalkhi de Istanbul. En 1908 fue nombrado vicario del arzobispado de Diarkebir, en Turquía. En 1915 fue hecho archimandrita. En 1923 se le designó obispo de Tiro y Sidón y en 1948 fue trasladado a la sede de Trípoli del Líbano.

La sede de Antioquía lo fue de San Pedro desde el año 45 al 53. En los primeros tiempos de la Iglesia, Antioquía era sede primada de las Iglesias Orientales y como tal fue reconocida en el Concilio de Nicea. La Iglesia Antioquena tenía su propia liturgia siria, la liturgia siro-occidental.

Durante gran parte del siglo IV la sede de Antioquía estuvo separada de Roma. Al ser elegida Constantinopla capital del Imperio Romano Oriental, la Iglesia Antioquena estuvo en continuo pleito con su Obispo que quería ostentar, a la par que Roma en Occidente, la primacía sobre todo el Oriente. La Sede Antioquena claudicó al fin y reconoció la supremacía del Patriarcado de Constantinopla.

El Concilio de Efeso había decretado la autonomía de la Iglesia Chipriota. El de Calcedonia elevó a Patriarcado la sede de Jerusalén. La herejía monofisita formó la Iglesia Siria cismática, denominada posteriormente Jacobita. El nestorianismo hizo independiente y cismática a la Iglesia Persa. Al imponerse en Oriente el monofisismo y el monotelismo, el Patriarcado de Antioquía sólo contaba con la adhesión de los funcionarios imperiales.

De la antigua supremacía sobre once iglesias y más de ciento cincuenta diócesis, no le quedaba nada a la Iglesia Antioquena en el siglo VII. Además dos terremotos acaecidos durante el siglo VI dejaron a la ciudad casi deshabitada. Durante la dominación árabe la sede estuvo casi siempre vacante. Hasta la reconquista de la ciudad por los bizantinos a mediados del siglo X no volvió a renacer la Iglesia de Antioquía. En el cisma de Cerulario, el gran cisma que motivó la ruptura definitiva entre Oriente y Occidente, el Patriarca Pedro III de Antioquía se mantuvo fiel a Roma, pero sus sucesores se separaron de la Iglesia Católica.

Los turcos invadieron Antioquía en el siglo XI y el año 1098 era reconquistada por los Cruzados de la Primera Cruzada, que instauraron en la ciudad un Patriarcado Latino que duró casi doscientos años.

Los Patriarcas sirios regresaron luego a su sede y fijaron finalmente su residencia en Damasco. El Patriarca de Constantinopla, a fin de impedir que rein-

gresasen en la Iglesia Católica, les impuso en el siglo XVIII obispos griegos. Esta imposición no fue nunca bien vista por los sirios, que finalmente se independizaron y nombraron un Patriarca propio, al comenzar el presente siglo.

Los Patriarcas ortodoxos de Constantinopla, Jerusalén y Alejandría no reconocieron la elección, pero el elegido, Mons. Dumani, consiguió reorganizar la Iglesia Antioquena. Su sucesor, Gregorio Haddad II, obtuvo el reconocimiento de los restantes patriarcados. Pero su muerte marcó el comienzo de un cisma en el seno de la Iglesia Antioquena.

Hasta 1933 hubo dos patriarcas: Arsenio Haddad y Alejandro Tahan. Al morir el primero pareció solucionado el conflicto, pero surgió otro cisma que se prolongó hasta 1941. Arregladas las diferencias se reunió un Congreso General Ortodoxo en Damasco en 1955 que redactó el reglamento de elección del patriarca, motivo principal de los cismas.

S. B. Alejandro Tahan III murió en junio de 1958. Debido a los sucesos del Oriente en aquella época, en especial la guerra del Líbano, no se eligió su sucesor hasta noviembre del pasado año.

Ecos de la Prensa Ortodoxa

La prensa ateniense comentó extensamente la visita del arzobispo griego de América, representante del Patriarca de Constantinopla, a S. S. el Papa, de la que dábamos noticia en nuestro número anterior. En general ha sido calificado el suceso de histórico en las relaciones Oriente-Occidente.

"Ethnos", de Atenas, escribe: "Con esta visita el Patriarca Ecuménico ha dado un primer paso hacia la Santa Sede, sin que signifique por su parte un cambio de principios. Simplemente la Iglesia Ortodoxa ha dado pruebas de buena voluntad en el problema de la Unión de las Iglesias".

"Kathimerini", también de Atenas, aprecia por su parte que el Arzobispo Griego ha actuado en calidad de enviado del Patriarca Ecuménico y ha discutido con el Jefe de la Iglesia Católica la cuestión de la Unión y prosigue: "En principio nuestra Iglesia está de acuerdo en la reunión de un Concilio Ecuménico, pero serán necesarios muchos esfuerzos y pruebas de buena voluntad de una parte y de otra para el completo desarrollo de los esfuerzos en pro de la unidad de las Iglesias".

Por su parte, la prensa de Istanbul pone de relieve las entrevistas entre el Delegado Apostólico en Turquía, Mons. Testa, y S. B. el Patriarca Atenágoras I. Mons. Testa ha transmitido al Patriarca las gracias de S. S. Juan XXIII por los felices augurios dirigidos por S. B. al Cardenal Roncalli por su elevación al solio pontificio. Según un portavoz de la Delegación Apostólica las entrevistas se han desarrollado con gran cordialidad.

Florencio ARNÁN LOMBARTE

LA PRENSA ANTE EL CONCILIO ECUMENICO

El anuncio del próximo Concilio Ecuménico produjo reacciones muy diversas. En números anteriores hemos recogido algunas. Hoy proseguimos su publicación a título informativo y sin comentarlas. El buen sentido de nuestros lectores sabrá discernir fácilmente la verdad o el error que distingue a unas de otras.

«El Concilio, origen de una gran idea»

El director de "La Croix", de París, P. Antonio Wenger A. A., ha publicado un artículo titulado "El Concilio, origen de una gran idea".

"Un Papa, dice el artículo, no toma una resolución tan trascendental sino con la asistencia y bajo la inspiración del Espíritu Santo. Pero Dios se sirve de causas segundas para hacer sensible a los hombres su voluntad. Durante más de veinte años Mons. Roncalli había trabajado en una obra histórica consagrada a las visitas pastorales de San Carlos Borromeo. Estas visitas intentaban nada menos que la vigencia de los decretos del Concilio de Trento. Y así por sus investigaciones personales en el dominio de la Historia, Mons. Roncalli pudo apreciar los benéficos resultados de un Concilio."

La investigación de la unidad, continúa, parece haber sido el fin determinante del Concilio. Fue anunciado al final de la Semana de la Unidad. La unidad de la Iglesia está en el corazón de las preocupaciones de Juan XXIII. Lo prueban las múltiples alusiones que ha hecho a la misma en el curso de audiencias y alocuciones.

Dos criterios deben presidir nuestra posición. Primero, que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Cristo. Segundo, que en las relaciones con los hermanos separados es menester emplear caridad y celo y poner el acento más en lo que nos une que en lo que nos separa.

«El próximo Concilio y la Unidad Cristiana»

El P. J. Dumont, O. P., ha publicado en "Vers l'Unité Chrétienne" un artículo titulado "El próximo Concilio y la Unidad Cristiana", que ha reproducido íntegramente en castellano "Re-Unión", cuadernos del Centro de Estudios Orientales de Madrid.

Se plantea el problema de la participación de los no-católicos en el próximo Concilio. La confusión proviene de la diferencia existente entre la distinta comprensión del término "ecuménico".

Analiza las dos categorías de comunidades cristianas, según hayan conservado los elementos esenciales de la Iglesia o los hayan rechazado. Al primer grupo pertenecen las Iglesias Orientales, separadas a raíz de las definiciones del Concilio de Calcedonia (451) o del Gran Cisma (1054). Al segundo grupo pertenecen las comunidades cristianas nacidas de la Reforma.

Los concilios de Lyon (1274) y de Florencia (1439) son de "unión", porque sus conclusiones están selladas por la Iglesia Romana y las Orientales. Sin embargo, dado el estado de im-preparación de los espíritus por ambas partes, es poco probable que el concilio proyectado pueda ser de "unión" a la manera de los precedentes. Podría, sin embargo, conseguirse que obra- ra eficazmente en favor de una unión ulterior que el tiempo, el estudio y la experiencia habrían hecho posible. En tal caso podría conservar el nombre de "concilio de la unidad".

El principio de "colegialidad" de la estructura y gobierno de la Iglesia, que jamás ha sido negado ni repudiado por Roma, parece perfectamente compatible con el ejercicio de la primacía de hecho y de derecho del Obispo Romano. Se sabe que el Concilio Vaticano no tuvo tiempo de tratar del poder propio de los obispos, sucesores de los Apóstoles.

No existen hasta ahora lazos oficiales entre la Iglesia Católica y el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Los teólogos católicos han seguido, empero, paso a paso, los trabajos del mismo, especialmente en lo referente a la fe y a la estructura de la Iglesia. La Jerarquía ha autorizado a teólogos competentes es

estar presentes como observadores en sus Asambleas. Se han organizado "Conferencias Católicas para las cuestiones ecuménicas" para ofrecer a los organismos del Consejo una base de relaciones. La Instrucción del Santo Oficio sobre el movimiento ecuménico asegura a tal institución un fundamento canónico.

Aunque sobre bases doctrinales diferentes, deberá tenerse en cuenta la labor realizada por el Consejo Ecuménico. Termina el artículo diciendo: "Sin poder prejulgar, naturalmente, la actitud de la Santa Sede a este respecto podemos pensar que si nos proponemos considerar en toda su amplitud el problema de la unidad cristiana, tendremos el cuidado de no destruir con una mano lo que la otra a duras penas se esfuerza en construir".

Coloquio de Prensa en París

En París, la Asociación Sindical y Profesional de Informadores Religiosos ha invitado a teólogos de distintas confesiones a exponer el punto de vista de sus respectivas iglesias con relación al Concilio Ecuménico.

El teólogo católico, P. Wenger, tras esbozar la historia de los concilios, indicó que si éstos no tienen por misión concreta combatir una herejía miran siempre hacia el restablecimiento de la unidad. La decisión del Papa prueba que un Concilio es necesario en nuestra época para el bien de la Cristiandad. Los problemas de pastoral y otros serían suficientes para justificar su convocatoria.

El Secretario General de la Federación de Protestantes Franceses, el pastor Apple, trató sobre la concepción protestante de la unidad. Estableció una distinción entre unión y unidad, explicando que la concepción protestante no exige la fusión de todas las iglesias para lograr la unidad; es suficiente que sus miembros sean fieles a la misma palabra, conforme a la parábola de la vid y los sarmientos. Habló sobre los progresos de la Semana de la Unidad, iniciada hace cincuenta años, y aconsejó contactos entre representantes de las diversas confesiones.

El Director del Centro Ortodoxo de París, P. Troubnikov, resumió la posición de la Ortodoxia a través de las declaraciones hechas por sus jefes. La toma de posición en la Ortodoxia no puede ser libre porque el 80 por 100 de ella vive en países dominados por el comunismo.

Prensa austriaca

Un diario de Viena ha publicado un artículo de Daniel Rops titulado "Una fecha memorable en la Historia de la Iglesia". El autor afirma que la decisión de convocar un concilio por parte de Juan XXIII obedece a un plan de conjunto. La reunión del concilio supone en la Iglesia conciencia sobre los graves problemas que debe resolver, los peligros que debe disipar, las resoluciones que debe adoptar en el porvenir. La intención del Papa ha sido la de asociar a todo el Cuerpo Místico a sus esfuerzos para promover el progreso del Cristianismo, es decir, el Reino de Cristo.

"Klerus Blatt", de Salzburgo, dice que el último día del octavario por la Unión de las Iglesias de 1959 hará época por la decisión de Juan XXIII. Continúa afirmando que no es nueva, ya que Pío XI tenía intención de convocar un concilio, como indicó en la "Ubi Arcano", no pudiéndolo conseguir porque se imponía antes la resolución de la llamada "cuestión romana". Con posterioridad, el régimen fascista y la segunda guerra mundial fueron las causas de que no se llevara a término. El mundo confía que Juan XXIII pueda reunir finalmente el Concilio.

Cuando el antipapa Juan XXIII convocó el Concilio de Constanza, que puso providencialmente fin al Cisma de Occidente, la Cristiandad estaba dividida en Occidente en tres sectores. "Esperamos, dice el artículo, que el Papa Juan XXIII, cuyo nombre lleva hoy legítimamente nuestro pontífice, pueda restablecer entre todos los cristianos la obediencia al Pastor Supremo de la Paz y que el Papa, cuyo lema es "Obedientia et Pax", sea el instrumento de esta unidad".

«Un Concilio político»

Con este título publica "Tribune de Lausanne" un artículo de René Bovey.

"El espíritu que anima esta iniciativa papal es excelente, dice, y es muy probable que de ella se desprendan importantes resultados respecto, no sólo del entendimiento y la colaboración, sino del dogma. Las dificultades que influyeron en el origen del cisma de los ortodoxos han desaparecido. Las del sector protestante parecen más graves."

"La Iglesia Católica, las iglesias ortodoxas y protestantes ya no son comunidades espirituales. Terriblemente las afectan las vicisitudes de nuestro mundo terrestre. Quiéranlo o no, ellas están comprometidas. A unas y otras las amenazan las doctrinas materialistas, de las que la más peligrosa es indudablemente el comunismo. Todas ocupan a la vez posiciones ofensivas y defensivas y no pueden tener una seguridad política. ¿No será en este terreno de la política en el que las iglesias podrán llegar a una inteligencia, colaborar, unir sus medios de acción, unificar sus métodos, relegando a último plano sus divergencias dogmáticas? Tal podría ser el pensamiento de Juan XXIII".

Opiniones inglesas

El jefe de redacción de "Church of England Newspaper" se refiere a la actitud de la Iglesia Anglicana en el caso de que fuera invitada al Concilio. "Aceptar, sin ninguna duda", responde el articulista. Porque si no estamos de acuerdo con Roma y todas sus actuaciones no debemos prescindir de ninguna ocasión para reforzar a quienes trabajan por la justicia y la paz en el mundo. Aun si estuviéramos ciertos de que en el Concilio no habría sino una única posibilidad de obrar en este sentido deberíamos tomar parte en esta reunión. Pero si el fin del Concilio es la "reunión" en las mismas condiciones antiguas, el Papa debe estar cierto de que sus propuestas son absolutamente nulas.

"The Tablet", de Londres, indica que "la posición de los cristianos ortodoxos es ahora dramáticamente distinta a la de hace medio siglo. Después de cuarenta años de comunismo, la mayor parte de estos viven bajo gobiernos que los toleran, pero que pretenden educar la juventud lejos de sus creencias. El clero ortodoxo vive entre continuas presiones laicas y está privado del confort que puede provenir del estar junto con otros cristianos que combaten la misma batalla intelectual y apostólica".

Prensa tendenciosa en Italia

"Ragione", de Roma, atribuye al Papa propósitos publicitarios al anunciar un grandísimo acontecimiento de carácter especta-

cular. En él "las ceremonias fastuosas se sucederán unas a otras, interesando y divirtiendo a la gente". Afirma que el suceso servirá para incrementar el turismo en Italia y que el Vaticano "no renunciará a asegurarse el máximo beneficio financiero". "Estamos advertidos, prosigue, de que el concepto de que ha partido el actual pontífice es, sobre todo, el de que en el nuevo concilio ecuménico serán escogidos los medios para sacar a la Iglesia Católica del profundo estado de marasmo y miseria moral y sobre todo religiosa en que ha caído". "Si son inyectadas fuertes dosis de oxígeno a la Iglesia agonizante puede retrasarse mucho su fin; pero éste no podrá al fin ser evitado".

"Avanti", diario romano, opone "el tono pastoral y conciliador de Juan XXIII" a las "apodícticas afirmaciones de su predecesor" quien, con la "centralización de poderes" y especialmente "con la introducción del controvertido dogma de la Asunción... había mostrado claramente el poco interés que animaba al solio pontificio para una apertura de coloquio con las iglesias separadas". El órgano socialista contraponen además el Concilio Vaticano, *máxima expresión del oscurantismo y del autoritarismo eclesiástico*, con el nuevo Concilio que será una renovación "de la Iglesia Católica en medio de un mundo que se halla en camino del dos mil y de la conquista de la luna. Creer que sea un movimiento religioso o político es pura ingenuidad".

"Unitá", órgano comunista, define el Concilio como "una polémica que hace sentir de nuevo la antigua protesta de la Iglesia contra todo el mundo moderno, nacido de la revolución burguesa, juzgado como materialista por las Encíclicas y extraño a las exigencias del espíritu".

El semanario "Italia domani" asegura que el Concilio es un movimiento del Vaticano para asegurarse el dominio de Asia y África, mientras que "Espresso" afirma que la renuncia de Adenauer es una maniobra provocada por el Papa para facilitar la reunificación de Alemania. "El camino del Concilio Ecuménico, dice, pasa por Berlín y Alemania unificada".

«Una iniciativa dramática»

El "New York Herald Tribune" califica la convocatoria del nuevo concilio como "la más dramática iniciativa del nuevo Papa", en un momento en que "vastas zonas del mundo están en esclavitud bajo una tiranía que niega todo derecho individual y somete todas las religiones a inhumana persecución; es una movilización de una gran fuerza espiritual en un tiempo en que el pensamiento y la conciencia de los hombres van al encuentro de tantos y tan graves retos".

Desde Turquía, antigua Delegación Apostólica de Mons. Roncalli

En "Vatan" escribe Emin Yalman, conocido periodista turco: "Es digno de notarse que Juan XXIII en su iniciativa de unión cristiana no ha pasado a la acción con un sentido de fanatismo contra las otras religiones. Puede suponerse que el fin es unir en un solo frente a todos los que creen en Dios, en el bien, en la moral, en el afecto, en el amor, en la fe del sacrificio; sería muy saludable que el mundo musulmán paralelamente a esta iniciativa de solidaridad cristiana pasase a la acción para unirse".

Viene de la página 324

de su fidelidad a la Iglesia. No obstante, estos católicos mantienen incólume su fervor y así, según las escasas noticias que nos llegan, la fórmula general de estos fieles es: "Ofrecemos espiritualmente el Santo Sacrificio", o bien "oramos en familia, la casa es ahora nuestra iglesia..."

El mejor comentario que podemos hacer a todas estas noticias, es transcribir una desalentada confesión

de la KONSOMOLSKAIA PRAVDA (el órgano oficial del Comité Central de la Juventud Comunista de la U. R. S. S.) aparecida en un reciente artículo en el que comentaba lo difícil que es luchar contra el sentimiento religioso de los pueblos: "Digámoslo con franqueza — terminaba reconociendo —; sólo con mucho coraje y constancia podremos ir contra estas tradiciones seculares".

A. TRABAL

ECUMENISMO Y PROTESTANTISMO

El mundo protestante, desde el Congreso Misional de Edimburgo de 1910 hasta las recientes asambleas del Consejo Ecu­ménico de las Iglesias y del Consejo Internacional de las Igle­sias Cristianas, busca por todos los medios la unidad cristiana, entendida a su modo.

El Consejo Ecu­ménico de las Iglesias fue constituido en Amster­dam el año 1948. Allí se reunieron delegados de 167 confesio­nes distintas y se acordó que el Consejo estaría formado por cuatro organismos principales: la Asamblea plenaria, que se reuniría cada seis años; el Comité Central, con reuniones anua­les; el Comité Ejecutivo, con reuniones semestrales y el Secre­tariado de Ginebra, de carácter permanente.

La segunda Asamblea se celebró en Evanston, Estados Uni­dos, y reunió a 1.300 delegados. "Desde el siglo xvii, dicen sus actas, hasta el comienzo del nuestro, pocos laicos y clérigos dudaban únicamente de que la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica de Jesucristo, en la que profesaban creer, estu­viera en realidad dividida en grupos cerrados llamados confe­siones o sectas, que desconfiaban las unas de las otras. Existen hoy todavía estas divisiones reales y visibles. Pero el nuevo factor que ha tomado en nuestros días una importancia enorme es la convicción creciente de muchos cristianos de que estas *malhadadas divisiones* ofenden a Dios y traicionan su designio sobre la Iglesia que Él ha creado y mantenido. Este profundo interés por la unidad de la Iglesia, en la medida en que influye en gran número de cristianos desparramados por el mundo, tiene un significado considerable". El problema de la unidad seguía en 1954 preocupando a los protestantes.

La próxima Asamblea se celebrará el año 1960 en Ceilán y el tema escogido es "Jesucristo, luz del mundo", al parecer para impresionar a hindúes y budistas, familiarizados con el símbolo de la luz.

En ciertas ocasiones se ha propuesto invitar formalmente a la Iglesia Católica a formar parte del Consejo Ecu­ménico. Olvidan quienes esto piden que, en el momento en que la Iglesia Cató­lica pase a formar parte del Consejo, ocupará, por su número de fieles, más de los dos tercios de puestos y votos en la Asam­blea; entonces, la tendencia empírica de la misma tendría que ceder paso a los problemas dogmáticos, en los que surgirían inevitablemente diferencias.

El arzobispo de Londres, Dr. Fisher, ya ha notado que por el momento el Consejo no puede ocuparse más que de proble­mas prácticos, ya que en el caso de tratar problemas dogmáti­cos sería "un absoluto fracaso".

* * *

El Dr. Fisher ha aplicado el mismo criterio en la Conferencia de Lambeth 1958, en la que se reúnen periódicamente cada diez años los obispos en comunión con la Iglesia Anglicana, sacrifi­cando los principios fundamentales a la acción.

La Conferencia reunió en Londres más de trescientos obispos anglicanos que representaban diócesis de Inglaterra, Irlanda, Canadá, Estados Unidos, India, Sudafrica, etc. Posteriormente se dio a conocer una Carta Pastoral que produjo gran revuelo. Trataba entre otras cosas, de las armas nucleares, del racismo, de la familia y de la unión de las iglesias.

Al abordar el tema de la familia defendió como derecho de la vida familiar cristiana el control de la natalidad. Inmediata­mente el "Daily Mail" sacó la conclusión de que las concesiones que se hacían en materia anticonceptiva serían seguidas de otras en materia de divorcio; ya que si se daba importancia a la felicidad de los esposos en un sentido, también había de dársele en otro.

"The Dome", periódico anglicano de tendencia anglo-católica,

puso de manifiesto que por aquel camino la Iglesia Anglicana ya no podría ser jamás lo que había sido, en especial al admitir en el seno de su comunión a las iglesias unidas o comunida­des protestantes del norte de la India, del Pakistán y de Ceilán. Tras esta actitud, continuaba, no se comprende la pretensión "católica" de la Iglesia Anglicana, ni siquiera una continuidad espiritual con la iglesia católica secular.

"Church Times", que representa en el anglicanismo la tenden­cia opuesta, se felicitaba por los acuerdos adoptados de unión con otras iglesias y por las decisiones acerca del control de la natalidad, lamentando que no se hubiera hablado de la inseminación artificial ni del divorcio.

El problema *cisma* fue eludido, señalaba "The Tablet". Alguno anglicanos sostienen que la Iglesia de Inglaterra es la Igle­sia Católica en Inglaterra, no en otros países. ¿Puede compa­gnarse esta actitud con la bienvenida que dio la Conferencia a los representantes de la Iglesia Episcopaliana Española Re­formada? ¿Habrá que reconocer que existen diversos grados de *iglesias católicas* que pueden convivir en los mismos países? ¿La Iglesia Anglicana será dentro de estos grados la de menores exigencias morales y dogmáticas?

* * *

El Consejo Ecu­ménico de las Iglesias ha englobado en su seno algunas comunidades ortodoxas. La Jerarquía Griega Ortodoxa no aprueba esta actitud y ve una contradicción evidente en el hecho de que los miembros del Consejo Ecu­ménico traten de lograr la colaboración ortodoxa mientras practican el proselitismo entre sus fieles. La cuestión ha sido suscitada por el pro­selitismo protestante en Grecia, que recurre aparte de la propa­ganda religiosa a otros medios, tales como distribución de alimentos, medicinas y vestidos, para la consecución de sus fines.

La Iglesia Ortodoxa Griega está interesada en conservar la unidad religiosa de Grecia y la conciencia grecocristiana.

El arzobispo de Samos cree que el ensayo del Consejo Ecu­ménico está condenado al fracaso porque no podrá lograr nunca la cohesión de la Iglesia Romana y porque el protestantismo se encuentra en un estado de desintegración al no tener conciencia de *iglesia*.

La Jerarquía Ortodoxa de Grecia sólo asistió a la primera Asamblea del Consejo Ecu­ménico en Amsterdam. A la Asam­blea de Evanston asistieron eclesiásticos bizantinos que obe­decían al Patriarca de Constantinopla, pero no obispos griegos.

La postura de la Iglesia Griega quedó definida en el mensaje enviado por su Santo Sínodo al pueblo de Grecia, publicado en "Ekklesia" del mes de diciembre pasado. Las reservas de la Jerarquía son principalmente debidas al hecho de que los miembros del movimiento ecuménico protestante no mencionan a la Santísima Trinidad "verdadero Dios cristiano" con la inten­ción de constituir una base dogmática aceptable para todos los protestantes y, con ello, la unión de las iglesias.

El temor de la Jerarquía Griega queda confirmado por la intervención del profesor Horton en la Asamblea de Evanston que propuso que "a pesar de que la primera y la tercera per­sona de la Santísima Trinidad están incluidas en el reconoci­miento de la segunda, no basta con darles un carácter implí­cito; estoy convencido de que no puede existir sustituto de una fórmula trinitaria; la sabiduría de los primeros cristianos no se puede superar en este aspecto". A continuación pidió a la Asamblea que aceptara la fórmula: "Las iglesias confiesan su fe en Dios, Padre omnipotente, en Jesucristo, Hijo suyo uni­génito Señor nuestro y en el Espíritu Santo". La propuesta no fue aceptada.

Continúa en la pág. 333

LECTURA INNOCUA DE ORTEGA Y GASSET

Objetivo esencial de la perfecta formación cristiana del hombre de letras es poner en él la capacidad de discernir, en sus lecturas y en todas sus relaciones específicas culturales, el contenido de su fe, con cuanto ella lógicamente implica, de las doctrinas que la niegan; las exigencias de la vida cristiana, de los criterios y comportamientos morales opuestos.

El ideal se habría logrado, cuando a esa facultad de discernimiento acompañara una firme y hasta ilusionada adhesión vital a la verdad religiosa y a la santidad, de forma que se superaran fácilmente y siempre las tentaciones graves en una y en otra, provenientes de la lectura de autores heterodoxos y de la frecuencia de ambientes no cristianos.

Pero esta altísima meta no suele alcanzarse ni siquiera en la mayoría de los que en todos los grados de su formación reciben educación cristiana; y desde luego, tratándose de universitarios, no se ha de suponer lograda más que en una exigua minoría. Sin embargo, es indudable que aun a esos mismos, durante el periodo de su formación, les podrían causar grave daño, y se lo causarían indefectiblemente, ciertas lecturas, ciertos espectáculos, ciertos ambientes, si no se les previniera con el competente preservativo. Y quisiera Dios que ese preservativo pudiera siempre hallarse.

Por lo que se refiere a las lecturas de autores heterodoxos, la Iglesia ha dictado normas bien prudentes, aunque rigurosas, para evitar los más graves riesgos. Guardándolas se podrá sacar la utilidad pretendida sin el contrapeso de un mayor daño en la fe o en las costumbres. Pero ahora no intento explicar ni justificar esas normas. Me limito a mostrar que, aun prescindiendo de ellas, se impone la indispensable cautela de prevenir al joven lector contra los errores e inmorales atractivos que haya de topar en la lectura de tal o cual autor cuyo estudio quizá le es conveniente o, por algún motivo, inevitable.

Es, pues, necesario advertirle que ese autor es, vgr., heterodoxo en materia de fe, equivocado en su doctrina filosófica, apasionado en su enjuiciamiento de los hechos históricos tocantes a la Iglesia, inmoral en sus criterios prácticos...

Primero, para que, no siéndole su lectura necesaria o realmente útil, la rehuya; segundo, para que, si ha de leerlo en todo caso, y con la conveniente licencia eclesiástica, si hubiere lugar, proceda inmunizado en lo posible contra el mal, por la prevención y la prudencia.

Pero la práctica de este criterio presupone que personas autorizadas han emitido y divulgado el justo dictamen sobre el autor de que se trata.

Y he aquí una palmaria verdad que, a propósito de Ortega y Gasset, parecen desconocer o negar algunos de sus incondicionales discípulos.

En estos últimos doce meses han proclamado varios de ellos que lo que procede no es condenar a O., sino enseñar

a leerlo y estudiarlo fructuosamente; no retraer de su lectura, sino poner su obra en forma cristiana: cristianizarla, como hizo, dicen, Santo Tomás con Aristóteles.

Pero uno se pregunta: ¿cómo enseñaremos a gentes no formadas, cuales son nuestros jóvenes — y tantos viejos — ese difícil arte, sin empezar por condenar lo condenable de la doctrina religiosomoral de la obra de Ortega, y notar con precisión los errores y los atractivos engañosos que contiene?

Digo condenar a O., si no precisamente por el Tribunal del Santo Oficio, sí al menos por personas competentes en teología y filosofía cristiana; que señalen con exactitud todo lo vitando que haya en ella.

Porque es indudable que, sin esa previa medida, un lector incapaz de propio discernimiento entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo inmoral, será cautivado por la gracia de la metáfora, el desenfado de la paradoja, la agilidad del discurso, la tersura de la locución, la pasión deportista de vivir con plenitud y autenticidad en actitud de puro naturalismo, sin ojos para lo suprahumano, la audacia y agresividad de la crítica, la rebelión contra las tradiciones más venerables, la verisimilitud sofística de lo falso...; aceptará cual verdades inconcusas graves errores, presentados con la apariencia de razonables y atractivos, por la belleza y donaire del estilo; y concebirá desestima y antipatía contra las personas e instituciones más respetables para un católico.

En cambio, con esa prevención y además la posible dirección de maestros bien formados filosófica y religiosamente, podrá un joven estudiar a Ortega con algún provecho en determinadas partes de su obra.

Es, pues, necesario hacer saber a nuestra juventud y a nuestro pueblo que la obra de O. es, en materia de fe, heterodoxa; y, en filosofía, contraria a los principios y al contenido sustancial de la filosofía escolástica que la Iglesia misma ha reconocido y prescrito a los católicos como base para el conocimiento racional de Dios e ilustración y justificación de ciertos fundamentos de nuestra creencia religiosa.

Cuantos con la competente formación teológica y filosófica cristiana han leído atentamente la obra de Ortega, han palpado con evidencia que así es, pese a las airadas apologías que de ella vienen haciendo algunos orteguianos, como Laín, Aranguren, Julián Marías y Gomis, y algún amigo eclesiástico de la institución libre. Desde que salieron a luz los ponderados escritos del P. Joaquín Iriarte, hasta los más recientes de este año último, filósofos, teólogos y Obispos han mostrado, sin dejar lugar a prudente duda, estas tres características de la obra orteguiana: 1.^a No contiene una confesión o afirmación categórica y patente de la existencia del Dios personal cristiano, ni del espíritu en sentido católico, ni de la vida futura, ni de la Iglesia como realidad sobrenatural por su origen, su es-

estructura y su finalidad, ni, en particular, de Jesucristo, ni de la moral cristiana como tal.

2.^a Por el contrario, amén de su explícita profesión de acatolicismo, existen en ella muchas páginas, no sólo dichos voladeros, que expresamente niegan esas verdades cristianas o algunos de sus aspectos, además de otros pasajes, también numerosos, en que el autor muestra su falta de respeto por ellas y de sentimiento religioso; pasajes no desvirtuados por otros en que, en términos y actitud de culturalista o de esteta y nada más, alude a realidades transcendentales o a sucesos, doctrinas e influencias benéficas del catolicismo.

Los pasajes aducidos por Laín, Marías y Aranguren en recientes escritos apologeticos, para probar lo contrario, distan mucho de ser apodicticos.

En particular son ineficaces los ya tan remanidos sacados de "¿Qué es filosofía?" y "El Hombre y la gente". Mostraremos en otro lugar que nada positivo nos dicen ni por las creencias ni por las emociones religiosas de O.

3.^a En concreto rezuma indiferencia y no sólo disimulación o inhibición sino atrofia del sentimiento religioso; cualidades que, junto a la mordacidad y desenfado con que en ella se critican, califican y desautorizan respectivamente doctrinas, instituciones y personas representativas del catolicismo, aun prescindiendo de las formales y explícitas negaciones, le dan gran eficacia para poner en peligro la fe de nuestros jóvenes y la sumisión y amor a la Santa Iglesia.

Después de atenta lectura de la obra de Ortega y de la de sus defensores, estos tres reparos me han parecido

tan manifiestos que no comprendo cómo un cristiano instruido y de buena fe pueda discutirlos.

Pues bien, ¿una obra de tales características puede recomendarse a los jóvenes cristianos, ni aun permitírseles su lectura sin las cautelas antes mencionadas? Sin ellas es imposible que no la entiendan como la hemos entendido filósofos escolásticos y teólogos; es imposible que no experimenten la tentación de tales negaciones y seducciones; es imposible que de hecho y, en mayor o menor grado, no les resulte nociva.

¿Cómo puede, pues, un católico llevar a mal que un sacerdote culto, animado del celo apostólico que le corresponde, sin desconocer por otra parte los méritos culturales y artísticos de Ortega, muestre su heterodoxia y peligrosidad, y afirme que ningún católico no bien formado religiosamente debe leerlo sin las debidas precauciones antes mencionadas, entre las cuales ha de figurar la previa información sobre sus errores?

Queda pues patente que lo primero para aprovecharse de lo bueno de O. es condenar lo malo, o sea señalar en concreto sus errores, su oposición a los dogmas de nuestra fe y al pensamiento filosófico cristiano; y que no es posible otro modo razonable de enseñar a leerlo fructuosamente a personas que no sean teólogos y filósofos cristianos profesionales.

¿Qué decir ahora de la cristianización de Ortega? ¿Es ella posible? En un reciente y docto artículo de esta misma revista ya se ha dado la respuesta; pero en asunto tan importante no estará de más unas reflexiones complementarias que dejamos para el próximo número.

E. GUERRERO, S. J.

Viene de la pág. 331

* * *

Hace justamente un año, en agosto de 1958, se reunía en Petrópolis, en Brasil, el cuarto Congreso plenario del Consejo Internacional de las Iglesias Cristianas, reacción contra el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Los antecedentes del Consejo Ecuménico fueron las agrupaciones "Fe y Constitución" (Faith and Order) y "Vida y Acción" (Life and Work), unidos en 1939.

Contra estas agrupaciones y muy en especial contra su sucesor, el Consejo Ecuménico, se levantó un grupo protestante interconfesional intransigente que se denominó Consejo Internacional de las Iglesias Cristianas, y que agrupó en Petrópolis a delegados de 62 confesiones.

El Congreso afirmó como verdades fundamentales: la inspiración divina de la Sagrada Escritura, su infalibilidad y su suficiencia; la Santísima Trinidad; la divinidad de Cristo; su segunda venida gloriosa; la total perversión del hombre por el pecado y su salvación por la aceptación del Redentor y no por sus obras buenas; la vida y el castigo eternos.

Dichas verdades, dicen, son atacadas por el modernismo, el comunismo y el catolicismo. Y porque su rival, el Consejo Ecuménico, es tolerante y parece flirtear con estas tres "bestias del Apocalipsis" debe ser condenado como movimiento "apóstata".

En el Congreso se deploró y condenó "las enseñanzas antibíblicas de la Iglesia Católica Romana, especialmente en lo que respecta a la salvación, porque tales enseñanzas dogmatizan

acerca de la necesidad de los esfuerzos humanos a través del clero de la Iglesia, del Papa y del culto idolátrico a María".

En general todas las condenaciones del Congreso contienen una puya contra el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

* * *

Ante este panorama desconsolador podemos afirmar, sin embargo, que quien busca con buena fe la Verdad, la halla finalmente.

Buena prueba de ello fue el pastor Lewis Wattson, de la rama americana de la Iglesia Anglicana, fundador de la "Society of Atonement".

Wattson propuso universalmente el Octavario de la Unidad, a celebrar anualmente entre las fiestas de la Cátedra de San Pedro en Roma y la conversión de San Pablo. El octavario se celebró por vez primera en 1908 y su primer fruto sensible fue la conversión del propio Wattson y de la sociedad por él fundada a la Iglesia Católica Romana.

En 1912 hizo su profesión religiosa y San Pío X aprobó oficialmente el Octavario con su Breve "Quoties animum".

Desde entonces la nueva congregación religiosa, en sus dos ramas, de la que sólo la masculina cuenta con más de trescientos miembros, aprobada por Pío XII oficialmente, labora por la unión de los disidentes a la Iglesia Romana y propaga, especialmente en EE. UU. sede de la misma, el Octavario de la Unión.

A. L.

CRONICA POLITICA

Rusia y la guerra química

Según el General Marshall Stubbs, Jefe de Investigaciones del Ejército americano, los soviéticos preparan activamente la guerra química y bacteriológica. Ante la Comisión para el Espacio de la Cámara, dijo:

“Es un hecho conocido que los soviéticos prosiguen investigaciones intensivas en el camino de la guerra química y bacteriológica, y que ellos tienen un cierto número de fábricas produciendo los elementos químicos necesarios”. Y más adelante ha afirmado: “Los rusos tomarán la iniciativa de una guerra química y biológica y de hecho están decididos a lanzarse a ella si saben que tienen ventaja”.

Antes del 1939, entre la primera y la segunda guerra mundial, la perspectiva de una guerra de gases era la pesadilla. Las bombas atómicas e hidrógenas con su inmensa destructividad, han hecho quedar como mal menor la guerra química. Si el átomo es demasiado, quizá gases y bacterias sería tolerable, pensarán seguramente los responsables de una decisión bélica. Lo trágico es que la humanidad sea impotente ante gentes con facultad de tomar esa decisión.

Randolph Churchill y Suez

En el libro recién aparecido de Mr. Randolph Churchill, sobrino del ex-Premier, “Subida y caída de Sir Anthony Eden”, libro malo y decepcionante según los críticos, casi al parecer destinado a combatir a su primo, pues, tras el divorcio, Sr. Anthony casó con una prima-hermana de Mr. Randolph Churchill, Suez es el punto neurálgico. Quien por sus parentescos puede tener tan buenas fuentes de información justifica así la retirada británica:

“Al día siguiente de los desem-

barcos en Suez, aprobados por el Gabinete, malas noticias llegaron de la tesorería. Mr. MacMillan, que era canciller del Exchequer, había sido avisado de que ventas masivas de libras esterlinas estaban teniendo lugar en New York. Los americanos se desprendían de ellas por paquetes de cinco millones de dólares y el Federal Reserve Bank seguía la corriente. La situación era peligrosa. O el Banco de Inglaterra empleaba en seguida 300 millones de dólares para socorrer la divisa británica, o había que resignarse a devaluar la libra esterlina. En aquel momento las reservas de oro y dólares de la Gran Bretaña eran muy débiles.”

“Mr. MacMillan telefoneó seguidamente a Washington para indicar que el gobierno británico tendría necesidad de un préstamo inmediato de mil millones de dólares. La respuesta que recibió no fue la que esperaba; se le indicó que el préstamo no podría ser concedido si el “alto el fuego” no era ordenado aquel mismo día, a más tardar a media noche. Mr. MacMillan comunicó la condición al Gabinete, y cuidó de persuadir a la mayoría de los ministros de aceptar el ultimatum. Sir Anthony Eden, viéndose abandonado por los ministros que antes le apoyaron, tuvo que inclinarse y la orden de “alto el fuego” fue dada dentro del plazo.”

Como fácilmente se trasluce, Mr. Randolph Churchill, que es un fracasado en política y que considera que causa de sus fracasos es Mr. MacMillan, presenta las cosas de manera que resulte ser éste culpable de tan poco honrosa decisión.

Si son ciertas esas afirmaciones cabría preguntarse: ¿eran libras de origen ruso o de origen americano las que se vendieron en New York?

El Dr. Etzel en Londres

¿Quedó Londres, desde entonces, seriamente resentido con los EE. UU.? Las visitas sin previa consulta de Mr. MacMillan y el General Montgomery a Moscú, parecerían querer decir que hacían su política.

Hace unos días el Ministro de Hacienda alemán sostuvo tres días de conversaciones con el Gobierno británico, invitado por éste.

Entre otras cosas trataron de la asistencia a los países poco desarrollados. Dice la agencia: Las dos partes estuvieron de acuerdo sobre la necesidad de una concepción común, a fin, sobre todo, de que cesen los abusos de cierto país que obtiene más de lo que le corresponde.

El Dr. Etzel y las autoridades británicas competentes conversaron también sobre la posibilidad de asegurar la convertibilidad total de todas las monedas europeas. Parece ser que en este capítulo también se habló de nuestro país, y de hacerle ofertas de ayuda que sino generosas por lo menos resten preponderancia a las ayudas de otra procedencia.

Actividad protestante en Rusia

Días pasados la prensa soviética se ha ocupado extensamente de las actividades en Rusia de la secta “Los testigos de Jehová”. Las referencias son extensas; periódico tan calificado como el “Komsomolskaia Pravda” ha dedicado un extenso artículo bajo el título del nombre de la secta. Entre otras cosas dice:

“...Los Testigos de Jehová son probablemente la más reaccionaria de todas las organizaciones sectarias... Su Dios detesta todo lo que es progresista. El país de los soviets es declarado como perteneciente a Satán y los dirigentes de la secta profetizan la ruina

próxima de la URSS..." "...Los Testigos de Jehová sugieren a sus creyentes que no deben obedecer las leyes del Gobierno "satánico" de la URSS..."

O la secta citada está realmente tomando una tal extensión en Rusia y ejerce una actividad política que inquieta al Gobierno, o bien éste con ese pretexto está creando una justificación, cara al exterior, para una mayor lucha contra las comunidades religiosas.

Tanto lo uno como lo otro sería de lamentar.

Supresión de fronteras tras la Cortina de Hierro

La gran esperanza, creída, deseada y especialmente procurada, del comunismo ruso, era el fracaso, en plazo más o menos breve, del llamado Mercado Común. Las discrepancias, la contraposición de intereses, los desequilibrios de la producción, en sus cálculos, habrían de determinar en fecha breve el fin de la unión.

Pero, por ahora, la unión subsiste, las trabas se van reduciendo cada vez más y la situación se hace estable a cada paso más sólidamente. El oro sigue saliendo de EE. UU. camino de Europa, y es que el capital americano está viendo nuevas posibilidades de inversión en ese Mercado Común, con todas las libertades deseables, con plena convertibilidad y con unas cargas tributarias mucho más llevaderas que las de los propios EE. UU.

Rusia no puede permanecer meramente esperando, y en vista de eso, quiere contraponer otra unión, que no podremos llamar

igual, sino a lo sumo compensatoria.

Con motivo del viaje de Kroutchev a Tirana, con asistencia de delegados de China y otras potencias y el posterior viaje de Ulbricht a Moscú, el periódico húngaro de Budapest "Pesti Megyei Hirlap", que como todos los sometidos al soviet no publica nada sin consentimiento y aprobación oficial, en artículo aparecido esos días, decía:

"...El 21 Congreso del Partido Comunista en Moscú nos ha mostrado el camino. La base cultural y económica común a los Estados socialistas se extiende cada vez más. De ahí resulta que la cuestión de las fronteras nacionales carece de razón, que en el comunismo las fronteras de los Estados desaparecerán definitivamente y que sólo subsistirán las fronteras etnográficas que fijan la evolución histórica de cada nación en el cuadro de su territorio propio. Las fronteras aduaneras, los pasaportes y los visas desaparecerán, lo mismo que desaparecerán las restricciones impuestas a los desplazamientos. *Los países socialistas formarán una unidad política, económica y cultural única*".

El Estado comunista de Kerala

Hace unos meses dedicamos uno de los párrafos a describir el país y su situación. Ahora vuelve a estar de actualidad.

Con un Gobierno comunista elegido por apenas un 25 por 100 de los votantes, los ciudadanos de ese Estado están empezando a darse cuenta de lo que es el comunismo y de su error, sea con la absten-

ción sea con la imprudente y temeraria colaboración, o coalición.

Reiteradas veces nos llegan noticias fechadas en Trivardrum, la capital, de movimientos, levantamientos y protestas contra el Gobierno comunista. Más de 20.000 personas, obreros en buena parte, están en las cárceles y el Gobierno ha de extremar más cada día la represión para sostenerse.

En su supuesta mentalidad democrática unas elecciones podrían aclarar la situación, manifestando si ese Gobierno es la voluntad del pueblo; pero no debe ser esa cuando tanto teme el Gobierno a tales elecciones. Nehru con su mal entendido y lamentable neutralismo, nada quiere hacer, y los keralinos deberán seguir sufriendo comunismo y persecución.

Revoltijo mundial

Otras muchas notas podrían señalarse en este lapso de la calma.

En Irak prosigue la lucha entre las fuerzas comunistas, decididas a llevar un paso más adelante su triunfo, y las fuerzas nacionalistas que se resisten a ser absorbidos por la URSS. Unos 20 oficiales de tendencias comunistas han sido arrestados recientemente. Ya es algo. Antes era al revés.

En Argentina la crisis económica y política sigue agitando el país que no acaba de centrarse tras el desequilibrio peronista.

Por fin, el Caribe sigue inquieto jugando a las invasiones y contra-invasiones. La situación de Fidel Castro parece irse debilitando cada día; pues no es lo mismo ocupar un Gobierno por encontrarlo vacío que montar y organizar un conjunto gubernamental.

Fernando SERRANO

VEN, SEÑOR, JESUS,

La humanidad no tiene fuerzas para quitar la piedra que ella misma ha fabricado, intentando impedir tu vuelta. Envía tu ángel, ¡oh, Señor!, y haz que nuestra noche se ilumine como el día.

Cuanto corazones, ¡oh, Señor!, te esperan. Cuantas almas se consumen por apresurar el día en que Tú sólo vivirás y reinarás en los corazones. Ven, ¡oh, Señor, Jesús!

¡Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana...!

(Pío XII, Mensaje Pascual, 31 abril 1937)

LO POÉTICO Y LO LITERARIO

En un agudo estudio dedicado a la obra del pintor Guido Reni, Benedetto Croce establecía una distinción entre lo poético y lo literario en el arte plástico. Tiene Reni — salta a la vista — dos estilos. La pluralidad de estilos es habitual en los artistas.

Pero en el boloñés esta duplicidad fue altamente significativa por expresar los dos nacimientos en potencia para toda obra de arte. O se pinta y se escribe con el impulso fresco, como una fuente que brota de la roca con la boca chorreando musgo, o se escribe y se pinta con el esfuerzo de la voluntad, con el saber de la técnica.

Lo poético puede caer en lo inorgánico, en lo vacío, si falta el dominio de la materia, mientras, sin amor, lo literario brotará cargado de retórica.

Una escritora y una pintora, ambas con doble nacionalidad, espiritual y física (Ester de Andreis nació en Génova, escribe en italiano y en español y está arraigada en Barcelona; Florita Macedonski Cantemir es una muchacha rumana, natural de Pollensa), me han obligado a volver con el recuerdo a la distinción crociana. Florita Macedonski expuso últimamente en nuestra ciudad algunos de sus cuadros más llenos de magia, de melodía.

La pintura de Florita Macedonski, que en 1945, cuando hizo la Primera Comunión, expuso por primera vez, y desde entonces no ha parado en su trabajo, nos sume en un mundo brumoso de vaguedades blandas que contrastan con la fuerza de los colores y la firmeza valiente de la pincelada.

Pensemos en un atardecer después de la lluvia, cuando sobre la ciudad el cielo nada hecho un mar violento donde apenas, desgarradas, se sostienen las nubes. En ese ambiente húmedo, cristalino y crepuscular, donde todo es arco iris, las cosas cobran lejanía, ingravidez. Todo va perdiendo, mágicamente, fragmentemente, su bulto, su carne. El violáceo, el matiz del cielo que baja revuelto en nubes pardas, comunica a todo su frenesí: hasta a lo más vulgar. Los edificios se escurren sobre la cabellera reluciente de los árboles de espalda metálica.

A esa sensación de inmensa vacilación que nos arranca de la turbación prosaica, puede compararse, en algún modo, el encanto de los cuadros de la pintora rumana. Lo poético es aquí el clima. Creo que hay dos poesías bien definidas: una poesía delimitada, luminosa, que se goza en la claridad, y centra las criaturas dentro de un aire, perfilándolas en la luz, una poesía, en suma, mediterránea, que va en busca del sol; y otra poesía, que resurgió en las vaguedades crepusculares del Romanticismo, y cuya esencia consiste precisamente en huir del sol, envolviendo la claridad solar en

un manto revuelto, tembloroso, de lágrimas, música, humedades y lluvia.

En los cuadros de Florita Macedonski la Virgen flota en un ambiente de sortilegio. Abraza al Niño dentro de un derroche de colores, donde los ángeles se arraciman en un vuelo desesperante y embriagador.

La obra de esta pintora es profundísima. Y un vago temblor literario, contrastando con la intensa poesía de la obra, constituye quizá uno de los secretos de su fragancia.

SANTA CLARA, de Ester de Andreis.

Años atrás, el 1953, leí la deliciosa obrita *Santa Chiara*, escrita en italiano por la escritora barcelonesa Ester de Andreis (1). Hoy, en un pequeño volumen de la Editorial Herder (2), podemos leer la obrita en castellano, en traducción de la misma autora.

La *Santa Clara* de Ester de Andreis constituye, entre la absurda balumba de novelones tremendistas, depresivos e inaceptables, que amenaza con acabar con el gusto literario y aun con la misma virtud de la sociabilidad, una joya de inapreciable valor — estético, humano y religioso.

No se me escapa que escribir una obrita así — limpez, color, ritmo, pureza — en esas horas de olvido de los valores humanísticos, en esos días de suprema ignorancia clásica, en esos tiempos de fachada, efectismo y trivialidad, es un acto de valor y una afirmación de independencia.

La *Santa Clara* vale, no por hallarse dentro de una tendencia; vale, precisamente, por no poder incluirse dentro de ninguna de las corrientes que se mueven hoy en el campo de nuestra vida literaria.

No puede ser más simple el argumento. Arrancada de la tradición literaria, la vida de Clara, sobre el fondo luminoso de la de Francisco, aparece en una hermosa sucesión de cuadros. La técnica de la obrita nos vuelve a la meditación crociana. La gran poesía de esta evocación exigía un peso técnico reducido al mínimo. Esta preocupación hubiera matado los pimpollos de esta cascada espontánea de luz. Lo técnico, lo literario, se reduce aquí a la sucesión de unos cuadros — donde todo es poesía, todo color.

Cuadro tras cuadro, y se desgrana así la vida de Clara. Desde aquellas escenas en su niñez, cuando sabe por primera vez del dolor y la guerra, hasta las horas de idilio hacia Dios en el claustro silencioso. La niña dormía — en un cuadro breve, sólo unas pinceladas. La despiertan todavía en el primer dormir, y ella no comprende por qué, ni sabe por qué a aquellas horas abandonan todos el castillo.

El cuadro del ingreso de Clara en la Orden de

Francisco, es de mucha belleza, de muchísimo colorido. Esos capítulos de *Santa Clara* parecen frescos de una iglesia. Una serie gemela diríase de los de la vida del santo. Hablada, una vida hermana de las pinturas. Como en una de ellas, los frailes con luces, entre los árboles, salen a recibir a la virgen de Asís.

Ester de Andreis ha escrito esta serie de capítulos como si los pintara. La pluma tuvo en sus manos calidad de pincel. El color — el rojo, el amarillo de oro de las llamas, el verde de los árboles y el césped, el azul, la blancura pálida de un rostro ovalado —, el color pegado, fundido, con las criaturas, con las cosas, me parece la gran adquisición de esta pequeña obrita de extraordinaria calidad.

Este color lleva dentro una gran potencia de luz. Del color que destaca las cosas a la luz que las transfigura, hay sólo un latido, un respirar. Las cosas empiezan a respirar, y la luz aparece. No es sólo la luz plástica, esbelta y fina de las llamas. Es la luz sobrenatural que humedece los milagros: la del milagro de Francisco y Clara en la Porciúncula, cuando se sientan con los hermanos a una mesa, y todo el aire bermejea, porque Francisco habla de Dios; la del Alvernia, que se hunde transparente en las carnes de Francisco con los estigmas que le quemaron.

Una biografía, compuesta de una serie de cuadros — cada uno de ellos tiene su independencia — podría hacernos temer por su unidad. Sin embargo, Santa Clara, San Francisco, son el mismo personaje dentro de cada marco. La unidad no ha sido buscada aquí, claro, como se busca en las novelas modernas, donde se bracea contra la complejidad psicológica, y el novelista ha de andar vigilante para no perder en un capítulo los hilos psicológicos de su personaje en el capítulo anterior. Creo que la objetividad la ha alcanzado Ester de Andreis con una triple fidelidad: fidelidad a la historia, fidelidad a la objetividad y a la sencillez. Se ha tomado la historia, las obras fundamentales, que no contienen errores psicológicos porque en vez de escarbar, narran sólo lo que se ve — y eso lo declara sobradamente todo —, y se han construido con sus episodios una serie de cuadros de pintura y poesía.

Santa Clara es la exaltación de un alma; exaltación realmente franciscana, porque la santa no aparece aislada, sino armoniosa y fina dentro del marco vivo de la Creación.

EL CIELO DIFAMADO.

Sobre una obra de Franz Werfel, ha construido Marischka su film. *“El Cielo difamado”*, la historia de aquella pobre cocinera que cree posible asegurarse el cielo como se apila, a fuerza de ahorrar, una suma en una caja de ahorro, pese a alguna incursión en un mundo rosáceo y enervado — copas de cristal, sedas y encajes —, tiene un doble mérito: por lo que es, y también, por lo que podía ser, y, gracias a Dios, no ha sido.

Pero hablemos de lo último. *El Cielo difamado* no es una obra autocrítica, dura, rigurosa y exigente. *El Cielo* no es una censura sarcástica y brutal — podía haberlo sido — de la piedad egoísta (un poco infantil) de una “beata” de pueblo.

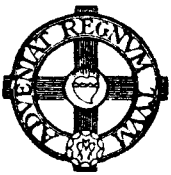
El Cielo, que hasta el desengaño de la señora Linek, que se encuentra con que su sobrino, a quien ella, con sacrificios increíbles, había pagado la carrera sacerdotal, es un bribón que la ha engañado vilmente, podía ser, sí, una reprobación, si a partir del desengaño no se humanizara, cobrando una apertura que la mantiene muy limpia de lo que sería una agría diatriba, sin matices, sin compasión.

Una diatriba cruda, sin sentido de lo relativo, sin piedad de las limitaciones del hombre, tendría — a mi entender — poco de auténticamente cristiano. Porque la protagonista del *Cielo difamado* no es un monstruo, como ella, en su simplicidad, llega a creer. Es sólo una pobre mujer, sin mucho seso, que, infantilmente, con ese apego a sí mismo que tienen los niños, vive para sí misma, y así — ella, para quien todo se centra en el más allá — vive para su salvación.

Si se equivoca, y descuida la virtud de la caridad, en cambio tiene una gran fe, una gran esperanza. Cree y espera. Para sí, para su provecho. Pero tiene esta grandeza lá figura de Petra, y al cabo la hace naufragar en un océano de amor: que en un mundo de genticillas también egoístas, pero que sólo piensan en los bienes temporales, ella vive sólo para la Eternidad.

Por ello, por su fe, merece aquella apoteosis, la muerte casi a los pies de Pío XII, que aparece en una audiencia en San Pedro, con que el Cielo premia a su ingenua difamadora, que creyó que podía comprarlo con el trabajo y el ahorro, como se compra una casa o un aparato de televisión.

Francisco SALVÁ MIQUEL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Agosto - 1959

GENERAL: La propagación de la doctrina social con la Iglesia.

MISIONAL: La ayuda económica a las vocaciones en las Misiones.

LA VIDA Y SU EXPRESION

Vivimos una hora vacilante y discursiva. La generación que hoy está llegando a las puertas de la madurez o de la senectud, llega a este límite un poco rezagada; se ha detenido demasiado al compás de la vida actual. La vida moderna sigue otro ritmo y hasta otra orientación. Pero aquellos hombres, que fueron niños desde el 1911 al 18, y jóvenes desde 1928 al 36, han visto pasar por su lado ráfagas de terribles vendabales, amargas y dolor.

Las guerras europeas y una guerra civil en su Patria. Ha sido, pues, una formación dolorosa y difícil; han aprendido la experiencia de la Historia. Ya no podrán leer impasibles los manuales de Historia sin comprender todo el dolor que existe pensado entre sus apretados renglones; no podrán decir banalmente que cualquier tiempo pasado fué mejor, porque la evocación de lo pretérito tendrá una sublimidad y penosa fuerza de realidad. Cotejarán a la par la de ayer y la de hoy. El pasado será una vértebra del inmenso esqueleto de la Historia. Pero hay algo que se desprende y se diferencia al evocar paralelos, y es la rapidez del vivir de hoy. Ciertamente que la cronología tiene las mismas horas, minutos y segundos pero nuestro vivir, nuestra existencia estás más llena de sucesos, y al estarlo parece que la utopía del tiempo pasa más de prisa. Apenas si tenemos tiempo de conocernos, cuando ya hemos de volar a la Eternidad. Demasiado de prisa parece que pasa nuestra vida, porque el punto de referencia está en los sucesos y no en la cronología. La rapidez del pasar trae no pocas consecuencias. ¿Quién se atrevería a descubrir en el tiempo moderno las horas lentas y amargas? Eso era en otras épocas. Un caballero de un pueblecito, quieto y sosegado, impregnado de una dulce y reposada melancolía, podía contemplar la fuga de las horas de su vida, en una poética laxitud. Madrugaría con el alba, daría vuelta por los miserables sembrados de un trigo raquíutico y ralo; cuando el sol apretase, regresaría a casa, a ingerir el aromático chocolate; después, en una blan-

ca y silenciosa estancia, se sentaría muellamente y cogería de la vieja librería un pergamino, Santa Teresa, Calderón, acaso el padre Gracián... Una campanita lanzará sus ondas alegres al azul del cielo, y ésta sería la señal de que era llegada la hora de consumir el modesto yantar. La tarde dejaría unas horas de asueto, de siesta y de juego con los amigos del casinillo; luego, el caballero se retiraría a una pieza de su casa, bien soleada, si era el tiempo de la nieve matababras, o bien fresca y umbría, si era en los rigores estivales. Allí meditaría, escribiría, pensaría en el silencio y en soledad. Luego, otro paseito moderado y repartir en la añosa cocina, con los pelantrines y criados de su hacienda, hasta la hora de la colación y del rosario, rezado por todos en santa y amable patriarcalidad. Las horas transcurrían lentas y silenciosas. Y así un día u otro... hasta que el Señor llamaba a su seno al caballero, que había vivido las horas claras y quedas, en santa paz de Dios.

Hemos leído, a vuelta de muchos razonamientos, que el tiempo nos transforma; que, siendo siempre los mismos en esencia, vamos dejando nuestra existencia prendida en el tiempo y en el espacio; y, por otra parte, que estos dos, no diremos influyen, pero sí gravitan, sobre nuestras almas, hasta hacernos otros. Según esta ingeniosa y arriesgada conjetura, sólo vivimos en el pasado, que es precisamente donde morimos, cuando el recuerdo desaparece.

Hoy no es posible contemplar una vida de esta clase. No hay tiempo; pasamos demasiado deprisa por la vida. Tiempo y espacio gravitan sobre nuestras vidas y dislocan nuestro camino.

En 1909, el automóvil era un elemento extraño y terrible. Corría vertiginosamente por las carreteras entre nubes de polvo y gasolina, llevando bellas damas cubiertas de guardapolvos, color garbanzo, y enormes sombreros, con su correspondiente "echarpe". A su paso huían despavoridos gallinas y animales domésticos de las granjas y casas en esos sencillos pueblos de España, hechos de un

barro rojizo: gentes misérrimas contemplaban absortas el paso de aquellos seres que consideraban dichosos en su aparente riqueza y felicidad. Ladraban los canes, y los niños arrojaban piedras sobre el veloz artefacto. Los que lo veían pasar creían que en ellos iba la felicidad. Para los que quedaban en tierra, aquello representaba la vida, el bienestar, la liberación de esclavos de la gleba. Era la opulencia, o, por lo menos, la abundancia. Las mujeres veían en aquellas otras, el tener muchos vestidos, muchas joyas, muchos admiradores; ellas, en cambio, estaban sometidas al trabajo embrutecedor, calcinadas por un sol de fuego, quemado su cutis por el viento de la sierra; los hombres veían envidiosos cruzar la dicha ajena: el trabajo reposado y tranquilo, o bien la holgura sempiterna en un sueño oriental, la vida sin apremios, la crianza de unos hijos bien alimentados y educados, para redimirlos de la tierra.

Y los que pasaban en el automóvil creían que aquellas pobres gentes, que los contemplaban con los ojos absortos, eran felices en su pobreza, porque no tenían las preocupaciones de la cultura y de la civilización, porque criaban a sus hijos, al sol y al aire, sin pensar en los climas de altura, sin buscar más remedio que el de la madre Naturaleza. Y por muy aprisa que pasaran, quizá algunos de estos hombres felices contemplaban, con envidia también y con lágrimas en los ojos, aquel tesoro de hijos, que ellos con todo su dinero no podían rescatar y paseaban un triste y estéril turismo, para llenar las horas de su vida vacía...

Demasiado de prisa, demasiado de prisa... Si nos detuviéramos a meditar, si paráramos un poco para ver de cerca lo que pasa a nuestro lado, tengo por seguro que no surgirían tantos y tan seguros problemas sociales. La sociedad se humanizaría, se conocería al contemplarse de cerca. Pero hoy pasa tan fugaz que presto llega la muerte.

El duque de Medinaceli escribió hace unos años un curioso libro sobre las aves de rapiña, y en la Aca-

demia de Ciencias ha disertado dos veces sobre el mismo tema; con lo cual se acredita de especialista, técnico y colector. Por las páginas de estos libros cruzan, vistosamente descritas, tres clases de aves: los halcones, los azores y las águilas. Y sobre ellas, todo el panorama de los viejos en que la caza de altanería tuvo su esplendor. Gran cortejo de criados, halconeros, catariberas, maestros y pajes, requería cada una de estas expediciones que organizaban los señores en la Edad Media para presenciar en el campo raso y sobre el cielo azul el combate de la garza real, tan ligera, tan estilizada y armoniosa de líneas, con el neblí que acudía haciendo puntas, o raudo como una flecha para abalanzarse sobre su presa. Y nada más: caza, pues, elemental, esta sencilla emoción de seguir las incidencias de la altanería. Pero esta afición se extendió y contagió a todos; primeramente lo usaron los reyes, nobles y grandes señores; el sostenimiento y educación de los halcones exigía cuantiosas sumas; cuando la afición se hizo popular, se extendió a los siervos, pero tuvieron que conformarse con el uso de azor. Caza noble fué la del halcón y caza villana la del azor, y esto que instituyó la costumbre lo organizó y sistematizó la ley, desde Alfonso X el Sabio. Libros enteros se han escrito sobre la educación de los halcones; allí se describen sus diversas clases: gorfalte, halcón, borní, baharí, alfanaque, sobre una clasificación de Plinio más o menos adulterada; el uso de las traínas y de los capirotos, los peligros y enfermedades que estas aves podían sufrir.

Y al leer cada uno de estos libros, se pregunta uno sobre qué cualidad fineaba la caza de altanería que llamaban caza noble. Y ésta no era otra que la rapacidad de las aves. Es decir, que lo que la nobleza presen-

ciaba con tanto entusiasmo era una lucha honda, terrible, biológica entre las aves. Claro es que así sucede, en resumidas cuentas, en otras muchas variedades de caza; sirven de ejemplo los perros y los hurones, porque la caza es tan antigua como el hombre, que usó todos los procedimientos habidos y por haber para la consecución de su fin. Existe, pues, en las aves de altanería un instinto de rapiña feroz, y éste es el que ha de educar y dirigir el halconero. La rapiña es cualidad natural en estas aves, y desde un punto de vista objetivo, tiene un valor muy diferente en cuanto a la ética de lo que representa desde el subjetivo. Ni el halcón ni el azor ni el alearaván, no son, que yo sepa, carnívoros por la naturaleza ineludible; acaso tampoco el cuervo, bien que éste no pertenece a la cetrería y se conforma con carnes a la "faissandee". Pueden conformarse alimentándose de insectos o de vegetales; pero en ellos predomina más la avidez golosa de la carne y de la sangre caliente que brota entre el níveo plumaje de la garza real o de las aplomas o la grasa densificada de los anarones y la avutardas. La rapiña, en este aspecto, es apetito sensorial y feroz; es el imperio del capricho, ya que no se practica por una ineludible mantención. Pero desde el punto de vista ornitológico, ¡vaya usted a saber lo que representará! Cuando a muchos metros de distancia un alearaván divisa una perdiz, se lanza irreflexivamente sobre ella con una velocidad de una bala, perforando el aire como una barrena y dejando un silbido mortal. La perdiz, cuitada, conocerá el peligro, buscará refugio aun escondiéndose entre los hombres, por estimar que éstos son enemigos menores para ella que las uñas ganchudas de la rapiña que van a clavar en sus carnes prietas. Cuando el albatros aletea en el aire, en un

vuelo inmóvil, sabe que abajo hay un pequeño insecto, una comadreja, una sabandija, que está divisoando con su vista penetrante y aguda.

El poeta y cazador árabe Usama ben Muquid, dice que su padre prefería el halcón tanto como el Alcorán. Y un halcón fué la causa de que Calixto entrase en el huerto de Melibeia, y lo demás ya sabéis cómo pasó. Tal importancia tiene la altanería.

Una última observación. La Naturaleza dió a las aves de rapiña una textura especial: picos y uñas ganchudas; fuertes músculos, alas poderosas y patas cortas, pero de gran fuerza; parece así como si el instinto de la rapiña fuera una ética plausible; y lo es, si se considera dentro del grupo de dichas aves. El halcón será bueno entre los halcones, pero el águila, que es la fiera y el peligro de ellos, no podrá representar para los mismos esa bondad. El águila es ave de rapiña del mismo halcón. Su feroz instinto extiende el área de acción sobre éstos, como sobre otras aves. Terribles duelos, batallas cruentas y horrososo "masaeres" se produjeron en el mundo ornitológico, en el cielo azul, en el aire puro, donde no siempre canta el ruiseñor, la alondra y el melancólico cuclillo. Desde el punto de las víctimas, júzguese qué valor ético tendrá la rapacidad.

El padre Gracián, examinando la gran escala de la creación, observaba el instinto feroz de los animales y se quedaba perplejo ante la fiera del hombre, que Dios le había creado inerte. Sin uñas aprehensoras, sin pico perforador, sin dientes carnívoros, y, sin embargo, un instinto tremendo y biológico de rapiña aparece en él y en los altibajos del mundo hace su aparición cada vez que se rompe la delgada costra de civilización y surgen las raíces del primitivismo. José M.^a CASTRO CALVO

LOURDES VISTO POR UN MEDICO

DR. TRINO MACIA PONS

Precio: 25 ptas. PIDALO A LA ADMINISTRACION DE «CRISTIANDAD»

El Rvdo. P. José M.^a Murall, S. J., dice:

«Mi querido amigo el Dr. Trino Maciá Pons..., un médico que durante muchos años, ha asistido personalmente a la Peregrinación de enfermos de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes de Barcelona, narra sencillamente cómo esas Peregrinaciones se verifican dos veces al año...

»Si el positivismo quiere «Hechos», Lourdes se los proporciona en abundancia. Si pide pruebas de nuestra fe, convincentes, claras, breves, las hallará en esta palabra: LOURDES.

»Esto ha querido poner al alcance de todos el autor de este libro. Leedlo y veréis como lo ha conseguido».

FAROS FORES

Los faros Forés iluminan las carreteras de España

Despacho: Almogávares, 125

Teléfono 25 31 00 (3 líneas)

Fábrica: Pedro IV, 162

BARCELONA

CRISTIANDAD

Administración:

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46

BARCELONA (España)

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que *en ningún* caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Precio de este ejemplar 12 ptas.

» suscripción anual (incluido índice) 150 »